FRANCISCO LOEWY

Argentina y su reencuentro con el futuro

La Encrucijada

REEDICIÓN DIGITAL
2026

Editorial Dunken

Editorial Dunken

Buenos Aires · 2002

Diseño de tapa: Daniel Loewy

Editorial Dunken — Ayacucho 357 (C1025AAG), Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
info@dunken.com.ar · www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2002 Francisco Loewy
ISBN 987-02-0133-4

Relanzamiento digital 2026

Esta nueva edición no busca rescatar un libro del pasado, sino
reavivar un pensamiento que sigue proyectándose hacia el futuro.

Es, al mismo tiempo, un homenaje y una continuidad. Un puente entre generaciones. Un modo de agradecer y de seguir aprendiendo de quien supo ver más allá de su tiempo.

Hijos, nietos y bisnietos · 2026

A la memoria de Paula

Índice

— — —

Reseña de la nueva presentación · Tomás Loewy..... 6

Breve biográfica del autor..... 8

Resumen del libro..... 9

Prólogo · Ernesto F. Viglizzo..... 10

Al lector..... 12

Introducción..... 13

Sincronía

La realidad entera

Capítulo primero · Esbozo histórico..... 15

Un sistema destruido

El diseño colonial

El diseño se modifica

La nueva trama

Radiografía I

Recuperar a Sarmiento

Radiografía II

La paradoja argentina

Europa

Política de ingresos

Estados Unidos de Norteamérica

Argentina: síntesis comparativa

Capítulo segundo · La caída del sistema..... 31

Consecuencias

El caso de la soja

Los valores olvidados

Espacios de ficción

Los nuevos desplazamientos

La pérdida de un factor vital

Capítulo tercero · Los marcos de referencia..... 39

Desarrollo, mito e historia

El Renacimiento

La época de la iluminación

Un enlace decisivo

La hora de Fausto

El avance conflictivo
La dualidad
Resistencias y matices
El vendaval
La hora de Mefistófeles
El sistema con fracturas
La sociedad de consumo
También se globalizan las finanzas
De aquí hacia adelante

Capítulo cuarto · El nuevo paradigma..... 50
Abriendo perspectivas
Revalorizar las fronteras
Una equivalencia fundamental

Capítulo quinto · Definiciones para un nuevo equilibrio..... 54
La encrucijada
Las señales de los tiempos
Volver a empezar
La cuestión de las escalas
Multifuncionalidad
Jerarquización de la actividad agraria
Endeudamiento

Capítulo sexto · Voluntades y herramientas..... 60
La bifurcación como oportunidad
Un libro importante
Un cambio posible
Una metodología
Se hace camino al andar
Medidas convergentes
Para una teoría de la socialización humana

A modo de epílogo..... 67
Vientos de cambio
Las pautas de un futuro posible
Repaso y conclusión

Referencias bibliográficas..... 71

Galería fotográfica..... 73

Reseña de la nueva presentación

— — —

Es necesario pensar en la supervivencia de la sociedad humana y ello solamente puede garantizarse a través de un cambio cultural fundamental que reemplace la exagerada ansia de ganancias por un sentimiento de solidaridad humana.

— Francisco Loewy

El cambio no será producto de un líder providencial, sino del despertar colectivo de una sociedad que aprenda a cooperar.

— Francisco Loewy

La necesidad de difundir nuevamente este libro surge como un deber ciudadano. Poco podría añadirse al excelente prólogo del Dr. Ernesto Viglizzo, que realza y prestigia la obra. Tal como allí se señala, su esencia es atemporal: por eso vale rescatarla, una y otra vez, para pensar y dialogar sobre sus contenidos.

Aun a riesgo de cierta autorreferencia, me permito incorporar algunas observaciones desde mi cercanía personal y mi propia evolución. Mi padre no se conformó con cumplir el viejo mandato de "tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro". Su tarea era inseparable de su vocación por instalar nuevas ideas y agendas, dejando una huella inteligible para los tiempos venideros.

Todo fue fruto de una larga experiencia vital, entre dos mundos y en un siglo atravesado por grandes conflictos y contradicciones. Hoy, cuando la metacrisis civilizatoria se agudiza por doquier, su mensaje perdura y exige nuevas formas de inserción en los contextos históricos actuales.

Descentralización, multifuncionalidad, comunidades, agricultura familiar, escalas, y el retorno al territorio y a la naturaleza constituyen, en la obra, verdaderas predicciones de una transición posible. El ordenamiento territorial, como política clave, queda implícitamente contenido en ese conjunto. Al respecto, el autor expresa:

> *El encuentro entre Comunidad y Espacio es un proceso de creación. En su desarrollo emergen técnicas y artes, brotan las armonías del folklore, surgen civilizaciones. Mientras plasma la personalidad de las comunidades, el espacio se transforma deríspido oponente en Hogar.*

También anticipa, sin nombrarla, la obsolescencia de la modernidad dualista:

> *Si consideramos la sociedad como sistema integrado en relaciones circuitales de intercambio, la dualidad representa la medida de su imperfección... El dualismo en las sociedades contemporáneas no tiene carácter dialéctico, donde los opuestos comparten un ámbito común. Es una fractura, una escisión.*

Sabemos hoy que aquella modernidad derivó en falsas dicotomías, binarismos, estructuras de poder y dominación, con alta conflictividad y profundos desequilibrios ecológicos.

Sería extenso enumerar todos los conceptos y razonamientos que atraviesan La Encrucijada. Solo resta leerlo, multiplicarlo y —por qué no— enriquecerlo, a la luz de los nuevos y vertiginosos acontecimientos en la Argentina y en el mundo. El propio autor lo justifica así:

> *Cada juventud es un nuevo comienzo. Nuestra sociedad está amenazada por el agotamiento social y económico del sistema que nos rige. Por lo tanto, exige cambios fundamentales que el libro intenta clarificar y definir.*

Concluyo esta breve síntesis compartiendo dos reflexiones y un par de citas.

La preocupación del autor por la pérdida del sentido de futuro, como parte de una patología social creciente

Y

El diseño de una metodología inédita de cambio, basada en dos herramientas complementarias: el «tiempo activo», entendido como una acción silenciosa, inspirada en la naturaleza y la convergencia de todos los elementos disponibles para alcanzar los objetivos fijados.

> *La convergencia persistente, sostenida a través de un tiempo activo, constituye una fórmula de gran potencialidad instrumental y supera cualquier voluntarismo revolucionario.*

Finalmente, al rescatar la figura señera y multifacética de Sarmiento, el autor cita dos frases que condensan su época —y acaso también la nuestra—:

> *Yo soy una protesta contra nuestras tradiciones, nuestra obra incompleta.*

> *Quisiera que entremos en la realidad de la República; a saber, que las elecciones fuesen reales, que la representación fuese real, que el poder fuese real. Algo más querría, y es que la moral fuese también parte de la política.*

Solo queda reconocer que este texto —y la trayectoria ejemplar de su creador— sigue inspirando ideas, motivaciones y propósitos de vida.

Tomás Loewy

Breve biográfica del autor

— — —

Nació en 1912 en Glatz, Alemania, hijo de una familia judía arraigada a través de varias generaciones en el ámbito cultural alemán. Cursó estudios en universidades europeas. En 1937, junto a su joven esposa Paula Salomonsky, abandonó su país natal, dominado por la demencia racista del régimen entonces en el poder, emigrando a la República Argentina. Allí comenzó a trabajar como obrero en la fruticultura del Alto Valle del Río Negro. En 1939 se radicó en Colonia Lapin, Provincia de Buenos Aires, donde nacieron sus hijos Manuel, Matías, Tomás, Arturo y Ruth Miriam. Fue presidente de la Cooperativa Granjeros Unidos de Rivera, presidió la Fraternidad Agraria y fue cofundador de CONINAGRO.

Francisco Loewy

Al ser declarado Ciudadano Ilustre del Partido de Adolfo Alsina, señaló:

> Al escuchar el relato de mi biografía se me ha hecho más consciente mi propia condición de peregrino entre dos mundos, pues he recorrido los espacios físicos, geográficos y espirituales de Europa y, junto a mis familiares, he sufrido la fractura, el hundimiento de un mundo que era nuestro aire vital. Con mi querida esposa Paula pudimos encontrar un nuevo hogar, una nueva Patria, y también nuevos amigos y compañeros.

Falleció el 7 de julio de 2007, en Bahía Blanca.

Resumen del libro

— — —

El autor realiza un análisis de la llamada "paradoja argentina": la discrepancia entre las grandes condiciones naturales y humanas y la actual situación económica caracterizada por una profunda e interminable crisis.

El fenómeno de exclusión social y la ausencia de ideas en su clase dirigente, para encarar una solución, amenazan a la Argentina con un colapso sin precedentes y de consecuencia impredecibles.

Un profundo estudio de las circunstancias históricas, culturales y sociales del país dentro del amplio marco de la evolución de la sociedad humana -en su conjunto- descubre las causas profundas de esa ruptura.

Este riguroso examen realizado desde ópticas sociológicas, económicas y geográficas, sin omitir referencias de la Física y de la Biología, permite, con un profundo sentido humanista, vislumbrar un camino para la construcción de una sociedad viable.

Prólogo

— — —

Un libro breve que perdurará. Intuyo que ese será el destino de «La Encrucijada», de Don Francisco Loewy. No perderá vigencia por una razón sencilla: su esencia es atemporal.

Tengo la extraña sensación de que este libro fue concebido tempranamente, durante la juventud de Loewy, pero fue escrito unas cuantas décadas después. Es que la acumulación de experiencias, de emociones, de conocimientos se inicia a una edad temprana, aunque los frutos se vean maduros mucho más tarde. No tengo muchas evidencias para sostener esto. Sin embargo, creo que nadie puede amalgamar tanta densidad de contenidos en una sola obra si no ha vivido lo suficiente, con inteligencia alerta y con intensidad. La contundente simpleza de la idea, la solidez del concepto, el admirable poder de síntesis y la seguridad de una prosa sin titubeos no se ganan de un día para otro. Seguramente, el autor porta tales atributos en sus genes, pero la manifestación de estos necesita de una larga y profunda vivencia intelectual.

Solía decir Céline que «la experiencia es una tenue lámpara que solo ilumina a quien la sostiene... y es incomunicable». No creo que esto se aplique rigurosamente al trabajo de Loewy, quien nos ilumina generosamente con su vasto patrimonio empírico. Está claro que la brevedad del libro solo nos deja ver la pequeña parte visible del iceberg. La base, ese gigantesco conglomerado de conocimiento y sabiduría, permanece oculta debajo de la superficie. Lo que el autor no nos llega a comunicar se debe a una simple cuestión de magnitud, o de experiencia intransferible, pero podemos intuirlo a través de la simple lectura de sus ideas.

Citando un texto bíblico, el escritor Pedro L. Barcia afirma temer «al hombre de un solo libro», porque se priva de las visiones diversas y cambiantes del mundo. Eso le quita objetividad, capacidad de comprensión y tolerancia. Describe a las visiones únicas como un baile entre primos, al cual los ajenos no tienen acceso. No corremos ese riesgo con Loewy.

Sus intereses académicos son variados, enciclopédicos, universales. No deja de sorprenderme su plástica capacidad para interpretar la realidad a la luz de campos y disciplinas intelectualmente alejados. La religión, la filosofía y la ciencia le dan un marco conceptual para insertar sus análisis. No se priva de frecuentar provechosamente a la Física, la Biología, la Historia, la Sociología y la Economía cuando lo necesita. Pensadores, científicos y autores tan diversos como Sarmiento, Goethe, Prigogine, Weber, Wiener, László o Rifkin acuden con presteza y naturalidad cuando los convoca. Explora con maestría las raíces sociológicas y económicas de nuestros problemas nacionales, y los proyecta a los campos de la cibernética y la termodinámica para escudriñar un futuro posible. Confronta la incertidumbre propia de las ciencias blandas o ciencias del hombre, con la certeza y el duro rigor de las ciencias exactas.

Incursiona en la física de los «sistemas disipativos», es decir, aquellos sistemas que, como los vivientes, sobreviven lejos del equilibrio termodinámico consumiendo y degradando la energía del entorno. Como la disipación genera entropía, y la entropía se asocia al caos, la supervivencia se pone en riesgo cuando se consume y degrada energía de una manera dispendiosa. La teoría nos enseña que el caos conduce a esas grandes bifurcaciones históricas que reordenan la propia trayectoria del sistema. De cada bifurcación, inevitablemente traumática, emerge un sistema renovado, con patrones de estabilidad completamente nuevos, distintos, irreconocibles. La bifurcación es una amenaza, pero también una oportunidad. Sospecha el autor que la Argentina actual se acerca a una gran bifurcación. Intuye, por simple dictado de las leyes físicas, que emergerá una nación diferente, más estable y mejor adaptada al rigor de los tiempos. La hipótesis no deja de ser cautivante porque, en términos termodinámicos, hoy tenemos un país caótico que consume y degrada sus mejores energías en pos de una estabilidad que nunca parece alcanzar.

«La Encrucijada» culmina con un mensaje de profundo humanismo práctico. Su atractiva tesis culmina en una meta-disciplina que nos propone fundar: la Geodemografía. Loewy encuentra en la descentralización demográfica del territorio una manera de humanizar la economía. Considera que la creciente concentración poblacional urbana, y el consecuente despoblamiento del campo, es una ecuación desequilibrante para cualquier país. Cree que una nueva ruralidad, basada en una ocupación multifuncional y balanceada del territorio nacional, es necesaria para conjurar males que deshumanizan a los argentinos. La especulación financiera, el nefasto enriquecimiento de oportunidad, la búsqueda de rentabilidad fácil sin producción, el delito multiforme, son algunas manifestaciones patológicas que tienen raíz urbana y que han abrumado a la sociedad argentina en los últimos años. En nuestro espacio territorial, encuentra una ventaja comparativa que hoy desaprovechamos. Nos pide que nos integremos más a los ciclos físicos y biológicos de la naturaleza, y menos a los ciclos económicos que artificialmente crea el hombre. Nos invita a regresar al campo.

Debemos prestar atención a este libro. No es una obra de coyuntura, es una obra estructural. Apunta a los cimientos mismos de la organización social. Ojalá sea leída con provecho. Es un libro recomendable para informar al lector genérico en estos tiempos de tanta cultura al paso y comida rápida. Es un libro necesario para orientar a los jóvenes que serán el estrato fundacional de las generaciones futuras. Es un libro imprescindible para formar una dirigencia nueva que nos guíe bien cuando suene la hora de la bifurcación nacional. Subestimarlo sería un error. Hoy, que lo tenemos entre las manos, no nos neguemos el privilegio de leerlo y reflexionarlo. Pensemos, a partir de él, en un país posible.

Ernesto F. Viglizzo
Profesor universitario · Investigador INTA y CONICET
Santa Rosa, La Pampa · mayo de 2002

Estimada lectora, estimado lector

— — —

Este libro es producto de una inquietud que sin duda compartimos. Trata de darle expresión, definiendo sus elementos con la mayor precisión y sencillez que el tema permite.

Desde la publicación de nuestro ensayo La Ecuación Argentina, han transcurrido nueve años. Fueron años de una inusitada densidad de acontecimientos y cambios. Era inevitable que intentáramos ordenarlos e interpretarlos. Pero asumimos aquel precedente como parte inseparable de una visión integral. Por lo tanto, incluimos en esta obra importantes tramos de aquel ensayo: los incorporamos como etapas valederas en el desarrollo de las ideas que generan la experiencia actual.

Así surgió este nuevo trabajo. Su contenido abarca más conceptos que el del ensayo anterior. Pero, además, reconoce la aparición de un fenómeno nuevo y perturbador en el seno de nuestra sociedad: la pérdida de la noción de Futuro.

Aproximarse a las causas profundas de la frustración argentina y proponer las vías para su superación es nuestro modesto aporte para que podamos reencontrarnos con un futuro posible.

Por último, agradezco a mi familia por su valiosa ayuda en la preparación y ordenamiento de esta edición, como así también a la Asociación de Cooperativas Argentinas por su solidaria cooperación.

Espero que la lectura sea útil y placentera.

Cordialmente,
Francisco Loewy

Introducción

— — —

Sincronía

El campo se tiende al atardecer. Un punto negro graba una blanca estela en el cielo. Frente a él, suspendida inmóvil, permanece una solitaria luminosidad. La diminuta proa aeronavegante se le acerca y la apaga. Pero al final de la estela reaparece. Es un primer astro, inalcanzablemente lejano.

El sol se hunde en un lago de color. Aparecen más estrellas y la Vía Láctea, mensajera de años luz. Plantas y animales absorben los ritmos de la noche y el insondable escalonamiento de planos espacio-temporales, reverberantes encima, debajo y dentro de ellos.

La realidad entera

La naturaleza original de la mente es intuitiva. Percibe el mundo como un conjunto de configuraciones entretejidas en planos múltiples.

El avance de la metodología experimental escindió esa percepción en secuencias causales que permiten aislar parcialidades para facilitar su dominio. De este modo, la ciencia y la tecnología han alcanzado importantes éxitos.

Pero en su camino aparecen cada vez más interdependencias que desafían al pensamiento a tratar de recuperar una aprehensión más coherente de la realidad. Respondiendo a este desafío, el razonamiento científico ha experimentado cambios fundamentales. Trasciende el universo de causalidades lineales y explora la trama compleja de su organización.

Una de las más recientes ramas de la ciencia, la cibernética, logró proponer una representación modular de los fenómenos reales. Su punto de partida es el efecto de la retroalimentación (feedback), que acopla diversos elementos de un proceso en relaciones recíprocas de información y respuesta. La linealidad de causa y efecto es sustituida por vínculos 'circuitales'. Ellos constituyen «mallas de relaciones entre elementos o entre procesos elementales». Son las estructuras.

El mismo principio de vinculación circuital integra una pluralidad de estructuras en unidades superiores de organización, que llamamos «sistemas».

Las estructuras y los sistemas tienden a conservar sus equilibrios. En este sentido, actúa en primer lugar el fenómeno mismo de la retroalimentación, que los induce a amoldarse hasta cierto punto a modificaciones del medio.

Más allá de este recurso, suele producirse en los sistemas una reacción escalonada, «caso de que las variaciones del ambiente son de tal suerte que, (si) ningún valor de las variables en cuestión puede

conducir a un estado estable, el sistema realiza un salto y busca ahora su primitivo estado estable a lo largo de un nuevo parámetro».

Tales comportamientos, que tienden a resolver la aparente antinomia entre permanencia y cambio, rigen también el funcionamiento de las sociedades humanas.

Walter Buckley describe este proceso de la siguiente manera:

> El análisis moderno de sistemas sugiere que un sistema sociocultural de elevado potencial adaptativo o integración requiere cierto nivel óptimo de estabilidad y flexibilidad; una estabilidad relativa de los fundamentos y al mismo tiempo una flexibilidad de relaciones estructurales caracterizadas por la ausencia de obstáculos poderosos opuestos al cambio, así como cierta propensión a reorganizar la estructura institucional, si las condiciones ambientales o las condiciones internas emergentes sugieren la necesidad de hacerlo. Un rasgo fundamental de este sistema adaptativo complejo es su capacidad de persistir o de desarrollarse modificando su propia estructura, a veces de manera fundamental.

Una visión como la descripta abre al observador de una realidad social un arco de perspectivas que incluye aspectos económicos, ecológicos, sociológicos y culturales en interdependencia. Trataremos de medir con esta visión los problemas de la sociedad argentina en el marco de un mundo en transformación.

Francisco Loewy durante una conferencia en la región pampeana.

CAPÍTULO PRIMERO

Esbozo histórico

— — —

Un sistema destruido

Antes de la conquista española, la civilización incaica se extendía hacia una zona de lo que posteriormente sería la Argentina. Esta civilización carecía de medios mecánicos, pero había desarrollado un sistema eficiente que, en un severo ámbito natural, aseguraba el sustento a todos sus integrantes.

Su base fue el cultivo en terrazas prolijamente construidas, formas adecuadas de riego y una cuidadosa conservación de la fertilidad del suelo; todo ello sustentado en una compleja organización social. «El resultado fue una sociedad centralizada y fuertemente autoritaria, que aplicó ese autoritarismo a superar las fuertes restricciones del ambiente andino, proporcionando a esa población los niveles de vida más altos de su historia».

Esta organización fue destruida por los conquistadores, quienes paralizaron las redes de riego y deterioraron las terrazas por el uso del arado (cuyos surcos se convirtieron en cárcavas para la erosión). La población indígena fue diezmada. Un nuevo sistema se formó alrededor de las minas de plata. Su centro político fue Lima; su centro económico, el yacimiento de Potosí.

El diseño colonial

Cuando se inició la ocupación española, en la mayor parte del territorio que hoy es argentino, escaseaba la población afincada en forma estable. Solo en las montañas y los valles del noroeste los diaguitas eran agricultores sedentarios. Respondían a la influencia del imperio incaico, a sus creencias, el culto solar, y a su idioma: el quichua. Fueron ellos los que en el siglo XVII produjeron dos cruentas insurrecciones, resistiendo durante largos años a una lucha que, suponemos, merecería legítimamente el calificativo de heroica.

Finalmente, la mayor parte de la población indígena fue aniquilada o absorbida. Si bien los remanentes de etnias antiguas hoy están reivindicando su espacio físico y cultural propio, en el conjunto, la sociedad argentina no llegó a ser étnicamente dual, como sucedió en numerosos países vecinos.

La ocupación ibérica tiene aquí prácticamente el lugar de un hecho primario. Ella no se propuso como objetivo esencial el poblamiento de las tierras conquistadas.

> El territorio español, que había tenido unos 10 millones de habitantes en el siglo [XIV], sufría, al producirse el descubrimiento, una de sus más graves crisis demográficas, contando con poco más de 7 millones. Las epidemias de fines de la Edad Media, la prolongada lucha de liberación contra los árabes, la expulsión de los judíos y luego de los moriscos, la represión de sublevaciones comuneras y los fracasos navales y militares en Europa ocasionaron grave mengua en la población y severo

> deterioro de sus recursos humanos y económicos. A esto debe agregarse la gran cantidad de hombres y mujeres que abrazaban la vida monacal o eclesiástica, la eficiencia de las hogueras inquisitoriales y el exilio de muchos, originado por la intolerancia religiosa.

En consecuencia, la ocupación española no pudo haber tenido propósitos propiamente fundacionales. Sus objetivos se limitaron al sostenimiento del dominio militar y político de los territorios y a la extracción de sus riquezas mineras, cuyo valor justificaba el costo y los riesgos del transporte a la metrópoli.

La minería de metal valioso y su envío a ultramar fue el núcleo de la organización colonial. Las vías de comunicación y transporte, los puertos de embarque y las fuentes locales para el abastecimiento del sistema, como alimentos y animales de tracción, constituían sus estructuras subordinadas. Una de ellas fue el puerto de Buenos Aires y su enlace con Potosí.

Desde su segunda fundación en 1580, Buenos Aires era una apertura al Atlántico para la exportación de lingotes de plata y la importación de mercaderías que, debido a las restricciones impuestas por España, entraban en gran parte como contrabando. Atravesando el futuro territorio argentino, una hilera de postas, aldeas y pequeñas ciudades bajó desde Potosí, pasando por Córdoba, y se dirigió hacia la gran cuenca de agua dulce llamada, significativamente, «Río de la Plata».

La explotación de las minas fue irracional y despiadada: a costa del sacrificio de millones de vidas humanas, se extrajeron sin interrupción y se enviaron grandes cantidades del producto a España, donde esta afluencia netamente monetaria arruinó muchas actividades artesanales y «convirtió una potencia hegemónica en una semiperiferia de Europa». Aunque parecían inagotables, al cabo de dos siglos de intensa explotación, los yacimientos comenzaron a agotarse.

El diseño se modifica

Coincidentemente con el decaimiento de la minería colonial, se fue desarrollando en el extremo rioplatense un nuevo foco de actividad. Vacas y caballos, traídos por los conquistadores, encontraron en los vastos pajonales de la pampa litoraleña un ambiente ecológico que favorecía su rápida multiplicación. Esta difusión, que comenzó sin inversión de trabajo humano, tuvo toda la apariencia de un yacimiento. A este carácter respondió su primera explotación: la vaquería, una especie de caza mayor.

Los productos fueron cueros, sebos y tasajo, carne acondicionada en saladeros y exportable para alimentos de esclavos. A partir del tratado de Utrecht en 1715, que liberó el comercio exportador, particularmente al Brasil, todo esto se convirtió en una fuente de riquezas, por lo cual solo un reducido número de vecinos quedó autorizado para ejercer la actividad.

El exceso de matanza redujo la existencia de ganado cimarrón hasta su virtual extinción. Solo quedaron los rodeos de cría en estancias, donde intervino la vigilancia del hombre.

El desarrollo de este foco de gravitación económica en el Río de la Plata, predestinado a crecer y a proyectarse hacia fuera, significaba la inversión del diseño colonial. Esta inversión tuvo como consecuencias políticas la creación del Virreinato del Río de la Plata en el último cuarto del siglo XVIII y la independencia de la República Argentina en las primeras décadas del siglo XIX.

La nueva trama

Con precisión se fueron ensamblando las piezas de una nueva trama.

Las naciones europeas, que fueron transformándose con la primera ola de industrialización, liderada por Gran Bretaña, necesitaban alimentos y materias primas. Esta demanda apuntó hacia la pampa argentina. Aquí se fueron creando las infraestructuras que luego permitirían responder a aquel mercado.

Derrotado Rosas en Caseros, la Asamblea Constituyente adoptó en 1853 una constitución republicana y liberal, que aspiraba a brindar el marco jurídico indispensable para el crecimiento económico y social.

Sin embargo, recién después de la batalla de Pavón y de la asunción en la presidencia de Bartolomé Mitre en 1862, surgió un país unificado bajo la hegemonía de Buenos Aires, puerto de salida para su hinterland agrario. Este se ensanchó considerablemente con la campaña del desierto de 1879/80, que alejó a los indios más allá del Río Negro e incorporó más de dos mil leguas al potencial de ocupación productiva.

La demanda de lana de la industria textil europea en expansión estimuló en el litoral argentino la cría de ovejas, que llegaron a sumar sesenta millones de cabezas, lo cual triplicó la cantidad de vacunos entonces existente. Pero hacia fines del siglo la naciente industria del frío impulsó nuevas posibilidades. Así, la demanda de carne superó la de la lana. Inicialmente, motivó la 'desmerinización' de las razas ovinas y reemplazó las existentes por otras de mayor producción de carne. Mientras mejoraban las posibilidades técnicas, la industria se volcó hacia la exportación de carne vacuna y la oveja fue desplazada hacia el sur.

La producción bovina tomó un nuevo rumbo. El tasajo ya había perdido su mercado al desaparecer la esclavitud. La exportación a Europa se realizó con ganado en pie, hasta que fue interdicta en Inglaterra. Entonces el frigorífico y el desarrollo de la navegación ya permitían el envío masivo de reses congeladas a ultramar.

Adaptando la producción al gusto de la nueva demanda, se cruzó el ganado con razas europeas. También se ordenó su manejo con la construcción de alambrados y de aguadas abastecidas por las napas acuíferas subterráneas.

La expansión de la agricultura fue tanto una exigencia de mercado como una necesidad técnica de mejorar los campos para la nueva ganadería. A su propagación contribuyó el rápido crecimiento de la red de ferrocarriles como medio de transporte de las cosechas al puerto de embarque. La mano de obra

necesaria fue aportada por la inmigración proveniente de Europa, que arribó a estas playas desde la segunda mitad del siglo XIX hasta bien entrado el siguiente.

Con notable capacidad refleja de adaptación a las variables condiciones exógenas, iban uniéndose los elementos para el funcionamiento de un sistema complementario del gran nicho económico abierto por la demanda europea de la producción agropecuaria pampeana. Estaba formado por pocas piezas. «La estancia era el punto de arranque del movimiento circulatorio de la estructura, el ferrocarril era el enlace y el puerto era el cabo terminal. En esto consistía su armazón férrea y cerrada».

La dinámica impulsora se ubicó puerto afuera: fue la corriente de exportaciones primarias de la región pampeana hacia ultramar y la inversa de mercancías industriales desde Europa.

Este orden exhibía una pujanza de progreso que se prolongó por más de medio siglo y dio lugar a notables adelantos en educación popular, comunicaciones y obras edilicias, y a un perfeccionamiento político que culminó con la Ley Sáenz Peña.

Radiografía I

Los parámetros que determinan la arquitectura de un sistema económico-social son su ámbito físico y las estructuras existenciales que sobre él se levantan. Sin desconocer la importancia de las economías periféricas o regionales, que son parte del país y de sus recursos, el ámbito determinante de sus estructuras ha sido, y continúa siendo, la planicie central llana o levemente ondulada de la pampa húmeda y semiárida. Extensión geográfica sin barreras para su penetración, posee decenas de millones de hectáreas aptas para agricultura y ganadería. Su límite era la 'frontera', tras de la cual moraba el indio. Este límite fue borrado por la campaña militar de 1879/80. Ahora solo lo constituye la creciente aridez del clima al oeste y al sur, donde la precipitación pluvial es menor a 300 mm anuales. Falta la interrupción invernal del ciclo vegetativo. No hay nieve ni escarcha permanentes, solo un receso de vegetación por el descenso térmico. Las haciendas permanecen al aire libre durante todo el año. Tampoco el cultivo de la tierra debe interrumpirse. El receso invernal no obliga, como en otras latitudes, a construir casas abrigadas, establos y galpones con las obligadas reservas forrajeras. Esto hizo posible la rápida ocupación de vastas superficies por una ganadería, cuyo transporte fue el arreo, una ocupación extensiva con poca mano de obra y mínima inversión.

También las tendencias políticas predominantes favorecieron la apropiación extensiva de la tierra. Ellas vienen de lejos:

> El espectáculo general, desde el primer día, no fue de colonización, sino de conquista. La población sistemática y gradual, la división en pequeñas parcelas, el movimiento en las transacciones de tierra, no fueron características de nuestra vida agraria en tiempo de dominio español. El gran propietario, acaparando e inmovilizando extensas superficies, era el exponente y resultante de las leyes, que regían el suelo y nuestra manera de ser económica.

Esta tendencia continuaba en la República. Prevalecía una metodología, que retribuía servicios civiles o militares con donación de extensas propiedades rurales. La enfiteusis rivadaviana, que reservaba la propiedad fundiaria para el Estado, tuvo finalmente el mismo desenlace que aquellas donaciones.

Pero hubo también propósitos y esfuerzos diferentes. A partir de 1860 se hicieron intentos exitosos de colonización agrícola en tierras entonces periféricas, como el centro de Santa Fe, el centro de Entre Ríos y el centro-oeste de Córdoba. Una importante expresión de esta otra línea de pensamiento es la Ley Nacional de Colonización y Tierras, que se promulgó bajo la presidencia de Avellaneda y que reproduce en forma aproximada la Ley de Asentamientos Rurales (Homestead Act).

Lo que intentaba poner en práctica la Ley Avellaneda no era una elaboración fortuita; era parte de una corriente de ideas, que ya aparece en el siglo XVIII y condensa nobles aspiraciones, en las cuales, según expresa Eleodoro Lobos en su prólogo al citado libro de Cárcano, «coinciden las tendencias extremas y conservadoras en la política argentina». Estas aspiraciones «giraban en torno de la creación de una sociedad rural dominada por una clase de productores independientes y prósperos, libres de excesivas desigualdades y emancipada del peso del tradicionalismo campesino». Fue un proyecto de 'regeneración nacional por la agricultura'.

Uno de los más claros propulsores de esta visión fue Domingo Faustino Sarmiento.

Recuperar a Sarmiento

Ocurre en la vida de las personas y también en la de las sociedades: los recuerdos se deforman, se relegan al olvido aspectos del pasado. La volcánica personalidad de Sarmiento ha sido propicia a esta sutil deformación. Fue apasionado, combativo y polémico. También fue multifacético y plural. Ello ha permitido oscurecer la unidad de su pensamiento, enfocando solo algunas de sus parcialidades.

Su celo permanente por la educación justifica ampliamente el título de Maestro, con que lo distinguen en todo discurso de homenaje. Pero no se agota aquí su significado: este noble empeño fue parte de una concepción más amplia, a la que le dio el nombre de 'civilización'. La dura antinomia civilización/barbarie fue a su vez piedra de escándalo, que surgió como bandera de lucha. En la medida en que nuestra historiografía la separó de su contexto contingente, se dividió el pasado en un segmento blanco y otro negro, y esto causó controversias objetivamente redundantes.

Hoy sabemos, muy a nuestro pesar, que civilización y barbarie coexisten en el seno de toda sociedad, y continúan librando sus batallas perennes con variada suerte. A mediados del siglo XIX, el concepto de civilización tuvo un significado históricamente concreto.

Desde que bajo los Borbones se estableció el Virreinato con sede en Buenos Aires, la cuenca rioplatense tenía planteado un desafío: hallar la forma de insertarse en un mundo que experimentaba una creciente dinámica de transformación. La independencia rompió el marco colonial, que frenaba este proceso. Pero

el país así nacido tardaba en encontrar su encuadramiento institucional. El gobierno de Rosas pudo haber correspondido en forma ciertamente ruda a necesidades de consolidación interna. Sin embargo, su aislamiento dejaba planteado en toda su irresuelta magnitud el problema de la apertura al mundo.

Virtualmente aquel mundo ya estaba presente en estas tierras. Una generación de pensadores se empeñaba en preparar su advenimiento. Derrocado Rosas, aportaron sus ideas, maduradas en la lucha y en el exilio, a la construcción de una sociedad abierta.

Ella fue su meta común. Sin embargo, ¿cómo es posible incorporar al país los elementos esenciales de las civilizaciones avanzadas y asumir la propia identidad económica y cultural en relación con ellos?

Octubre, 1868. Dos pronunciamientos públicos, producidos casi simultáneamente en un mismo lugar, arrojan claridad sobre las alternativas que dividían a los hombres de aquella generación en el modo de contestar este interrogante.

Sarmiento está por asumir la presidencia de la República. Invitado por la municipalidad de Chivilcoy, cuyos pobladores le deben a él —y a Mitre— haber accedido a la propiedad de las tierras que ocupaban como arrendatarios, pronuncia allí un discurso proclamando la difusión de agro —unidades familiares en el suelo del país, como su programa: «Les prometo hacer cien Chivilcoy en los seis años de mi gobierno y con tierra para cada padre de familia, con escuelas para sus hijos».

La alocución que pronuncia Mitre, el presidente saliente, allí mismo a los pocos días es una aguda réplica, no exenta de burla. Pondera «la civilización pastoril, marchando en cuatro patas, si se quiere, pero la civilización tal como únicamente podíamos extenderla», aludiendo a «algunos de nuestros doctos, que llaman barbarie esta civilización rudimental que, por muy incompleta que sea, y por muchos inconvenientes que tenga, es al fin la que mayores resultados ha producido hasta hoy».

Tanto Mitre como Sarmiento abarcaban la totalidad de los elementos que confluían en la formación del país de su época: una ganadería que avanzaba delante de los hombres, ocupando el territorio, la incipiente inmigración de masas humanas provenientes de Europa, y la opción agrícola unida a la idea de distintas formas de colonización. Pero, frente a esos datos de la realidad, ellos presentan dos opciones posibles.

La perspectiva de Mitre es pragmática. Sigue líneas ya tendidas. La ganadería extensiva es el factor dinámico que corresponde a las particulares condiciones de la pampa. En consecuencia, la agricultura estaría supeditada a ella. Sería arrendataria y migrante, sin perjuicio de la importancia de los focos marginales de colonización. Todo ello implica la incondicional aceptación de un modelo de división internacional de funciones económicas, sugerida, como ya habíamos expuesto, por la coyuntura mundial.

José Hernández, autor del Martín Fierro, sería aún más explícito al respecto cuando admite que «América será para Europa la colonia rural» pero, simétricamente, Europa sería para América «la colonia industrial».

Hoy sabemos que esta apreciación no responde a la dinámica del desarrollo moderno. Sarmiento presentía que las afamadas ventajas comparativas de nuestras llanuras se convertirían en una trampa si no se hacía el uso debido de ellas. Advierte en su primer mensaje al Congreso que «todos estos recursos deben ser distribuidos y administrados por leyes previsoras y equitativas para evitar que, mientras los elementos de civilización se acumulen en las costas, lo restante del país sea entregado a la barbarie, y que salgan luego del bien aparente nuevas calamidades y desórdenes». Son estas calamidades y desórdenes que hoy se nos acumulan.

Conoció Sarmiento la Europa de mediados del siglo XIX. Recorrió sus aldeas y ciudades. Percibió los vientos de la Revolución Industrial que sacudían al viejo continente, vientos de esforzada laboriosidad y de ideas audaces.

Pero, recién en la América del Norte, vivió la creación misma de una nueva sociedad con todos los ingredientes sueltos de la vieja.

A esta experiencia, catalizada por una mente poderosa, la proyecta sobre la problemática argentina, y abarca desde sus bases materiales y afectivas hasta la esfera de su cultura cívico-ética.

A la desmesura, escollo para toda condensación social, opone la imagen de estructuras celulares de dimensión humana. No es contrario a la ganadería. Propicia su modernización, ya que «las vacas con menos espacio y más industria darían más producto y más constante riqueza».

A la ganadería extensiva en tierras fértiles opone la complementariedad de granja, agricultura y ganadería.

Sobre esta base de sustentación, no en su reemplazo, adquiere real sentido su preocupación educativa, que tiende a crear las pautas culturales de una civilidad republicana e integrar la políglota inmigración a esta civilidad. Sus 'escuelas normales' son una aspiración, que responde con lo que hoy caracterizamos como la jerarquización profesional del hombre y de la mujer del campo.

Las tendencias prevalecientes en su época le fueron adversas: «Yo soy una protesta contra nuestras tradiciones, nuestra obra incompleta», escribe y agrega: «Quisiera que entremos en la realidad de la República, a saber, que las elecciones fuesen reales, que la representación fuese real, que el poder fuese real. Algo más querría, y es que la moral fuese también parte de la política».

¡Cuán contemporáneo suena esto!

Sarmiento midió como pocos la profunda complejidad de un proceso que implica la formación de una comunidad nacional en un territorio como el argentino. Advirtió con agudeza sus planos interrelacionados y su totalidad inconclusa.

Luchó, finalmente, contra toda esperanza por su desarrollo, así fuera a pasos medidos, pero sin perder de vista la meta entera: una Nación que, bien plantada en su propio suelo, se integrara al mundo con autonomía y personalidad.

La cuestión fundamental quedó abierta como una herida, apenas disimulada por la 'elusividad' intelectual —el mirar con despliegue de elocuencia hacia otro lado—, que es uno más de nuestros males conexos.

Sin embargo, tales pensamientos e iniciativas dejaron sus huellas en la realidad. La estructura agraria argentina aún es compleja. Coexisten en ella minifundios y unidades de tamaño mediano. Hay empresas grandes de carácter autónomo. Pero lo que domina el conjunto es una excesiva concentración fundiaria en las mejores tierras pampeanas, cuya caracterización sería incompleta si no se incluyera un aspecto menos visible, pero particularmente definitorio del sistema. Este rasgo consiste en la asociación casi simbiótica del comercio y de las finanzas urbanas con los grandes patrimonios agropecuarios.

Radiografía II

Buenos Aires nació y se consolidó como centro comercial. Integrada desde su origen en las líneas del intercambio colonial, extendió su actividad a los productos de la propia región cuando estos alcanzaron la categoría de bienes exportables. Esto aconteció ya en el siglo XVIII con los cueros y el tasajo, y después de 1840 con la lana. Acompañando estos cambios, la clase comercial del puerto extiende sus intereses patrimoniales hacia las tierras litoraleñas. Se hace terrateniente sin abandonar el comercio.

Este proceso continúa en la etapa de la expansión productiva, que marca el último tercio del siglo XIX. Junto con la apropiación prebendaria de tierras, se desarrolla un activo mercado inmobiliario. Millones de hectáreas cambian de mano, sin que se produzca una mayor subdivisión de la propiedad. Los precios aumentan aceleradamente. La fiebre especulativa conduce a la crisis de 1890, que frena la movilidad de las transacciones. Esta desaceleración coincide con el auge de la agricultura y el concomitante refinamiento de pasturas y ganado.

La simbiosis de intereses comerciales y financieros con la propiedad rural se había consolidado, y unió su ubicuidad con la dúctil desmesura de la pampa. Esta complementación exhibe versatilidad y flexibilidad en detrimento de la densidad y el arraigo. Rehúye la inmovilización de capitales en inversiones fijas que implican costos de oportunidad cuando cambian los datos coyunturales. Prefiere el predominio de capital variable y líquido que puede desplazarse fácilmente hacia otras oportunidades. Ello explica la prestancia con que supo responder a los cambiantes requerimientos del mercado exportador. También explica la particular sujeción de la agricultura a su esquema.

Este modelo de sujeción responde a la exigencia de bajo perfil de inversiones y de flexibilidad operativa. Resolvió provisionalmente la faz técnica del problema, y facilitó la acelerada expansión horizontal de la agricultura.

La producción agrícola, que hacia 1875 ocupó una superficie de tan solo 600 000 hectáreas, llegó en continuo ascenso hasta 28 000 000 de hectáreas en 1935, lo cual marcó el límite de la agregación de tierras pampeanas. Este crecimiento exigió una abundante mano de obra que fue proporcionada por la inmigración.

Solo en tierras entonces marginales esta inmigración pudo ser absorbida por emprendimientos de colonización. En la región nuclear, el agricultor debió allanarse a la rotación con la ganadería a través de arrendamientos de tres a cuatro años, dedicados a la siembra de trigo, ciclo que debía concluir con la implantación de alfalfares. Así, el campo quedaba en óptimas condiciones para la siguiente etapa ganadera.

No hubo afincamiento. Al terminar el ciclo, el agricultor levantaba su campamento e iba a buscar otras tierras con su familia y sus enseres, sin dejar rastro de su paso.

En vastas extensiones seguiría reinando la soledad. La inmigración, cercenadas sus posibilidades de asentamiento en el campo, refluye hacia las ciudades, particularmente al área metropolitana.

La paradoja argentina

Esta ruptura entre las condiciones naturales del territorio y su poblamiento imperfecto, pese a sus excepcionales posibilidades para la ocupación humana, es la razón profunda de un síndrome que hizo perder al país la carrera auspiciosamente comenzada hacia el moderno desarrollo. Como recuerda Jorge F. Sábato:

> ...la expansión inicial de la economía argentina fue muy pronunciada en términos comparativos. Ya en 1895 el producto per cápita de la Argentina era superior a los que presentaban Austria, España, Italia, Suiza o Noruega y similar a los de Alemania, Holanda y Bélgica. Su magnitud representaba finalmente alrededor de un 60 % del de Canadá, 55 % del de los Estados Unidos y 50 % del de Australia. Entre 1900 y 1929 el país continuó creciendo a un ritmo acelerado y, aun cuando el fuerte aumento de la población amenguara sus efectos en el incremento del producto per cápita, logró disminuir la brecha que lo separaba respecto de Australia y no distanciarse demasiado del Canadá y de los Estados Unidos. En los treinta años siguientes, sin embargo, esa tendencia se revertiría: entre 1923/29 y 1953/59 el producto per cápita aumentó solo un 17 % en Argentina, mientras que en Canadá creció un 59 % y en Australia un 84 %.

El punto de inflexión coincide con el cese de incorporación de nuevas tierras pampeanas a la producción. Había sido alcanzada la mayor extensión del área agrícola ganadera. A partir de ese momento cambian las velocidades comparativas. La versatilidad en un ámbito ilimitado favoreció la expansión horizontal. Para elevarse verticalmente, la sociedad necesita de barreras que la obliguen a remontar la dimensión plana. Donde el movimiento económico encuentra barreras naturales o sociales, está obligado a comprometerse con realidades definidas y a intensificar en lugar de dispersar esfuerzos e inversiones. La versatilidad

parecería responder al paradigma ideal de un liberalismo abstracto. Es, sin embargo, la condición acotada de las relaciones estructurales la que propicia la dinámica de crecimiento.

Esta paradoja argentina tiene su clara proyección interna.

En la arquitectura rural del país coexisten formas correspondientes a dos concepciones estructurales. La ubicuidad comercial-financiera, en cuyo juego entran vastas extensiones rurales, no ha sido afectada por la convulsionada trayectoria del conjunto. Continúa en prosperidad y orienta políticas objetivamente hostiles a los elementos agrarios, que surgieron al calor del inconcluso proyecto de estructuras mesuradas.

En efecto, mientras la operatoria ubicua y flexible del estrato dominante halla en las inestabilidades coyunturales oportunidades de ganancia, el dueño de un predio reducido debe hacer lo siguiente:

> ...tomar ciertos riesgos y realizar inversiones fijas, que le permitan aumentar la productividad de la tierra, a fin de lograr la reproducción ampliada de su empresa. En esa posición, los riesgos del mercado --la variabilidad de precios-- significaría la amenaza de perjuicios considerables, amenaza que sería necesario controlar. Por consiguiente, desde un punto de vista racional, debería esforzarse en presionar --social y políticamente-- para lograr alguna regulación del mercado, que amenguara los riesgos provocados por las variaciones de precios. En la medida en que todos o la gran mayoría de los productores se encontraran en la misma situación, su capacidad de presionar crecería y con ella las chances de obtener efectivamente una regulación del mercado. También, en la medida en que la obtuviesen, mejorarían las condiciones para continuar realizando inversiones fijas, que progresivamente servirían para amenguar los riesgos de producción.

Esta es la sencilla mecánica de un agro que funciona.

El mismo Sábato indica, resumiendo, que una mayor flexibilidad de los actores «inhibe tendencias a lograr una regulación del mercado y termina por requerir una flexibilidad aún mayor en la canalización de los excedentes. Inversamente una mayor rigidez inicial tiende a presionar para alcanzar una regulación del mercado, que a su turno favorece una colocación especializada de los excedentes».

Esta presión aquí fue débil y aún inexistente, aunque en países como los de la Unión Europea logró equidad y estabilidad en los parámetros de la producción agropecuaria. Lo ilustra la supresión entre gallos y medianoche, en los primeros años de la década del noventa, de las Juntas Nacionales de Granos y de Carnes. Ellas fueron creadas después de la crisis de 1930 por gobiernos conservadores. Han tenido a través del tiempo distintas formas de operar. Siempre su desempeño ha sido perfectible. No obstante, particularmente la Junta Nacional de Granos, constituyeron una herramienta de control social en un mercado oligopólico como el de cereales y oleaginosos, además de asegurar una operatoria fluida de los negocios internos y actuar en defensa del valor internacional de la producción. Los intereses prevalecientes en este rubro lograron que sus atribuciones fueran gradualmente retaceadas, hasta conseguir su desaparición. Esta medida que, en aquellos países más adelantados hubiese provocado un incendio campesino, pasó aquí —significativamente— sin mayores reacciones.

Privada de toda garantía efectiva y sometida al progresivo estrechamiento de sus términos de rentabilidad, la pequeña y mediana empresa rural retrocede cualitativa y cuantitativamente. En un comunicado de prensa del 10 de abril de 1992, la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO) declara lo siguiente:

> Los datos conocidos del Censo Nacional Agropecuario en 1988, comparados con su similar de 1969, muestran en forma terminante que el número de explotaciones agropecuarias se ha reducido en este período en un tercio, y en una proporción aún mayor esta tendencia ha afectado a las pequeñas y medianas explotaciones agropecuarias. Esta tendencia se ha agravado notoriamente en los últimos años.

El elemento más significativo que el análisis aporta es la conclusión de que «el 70 % de los productores de trigo tienen actualmente una dimensión de explotación, que no les permite obtener el ingreso mínimo para la subsistencia». El estudio completa este dato con porcentajes parecidos para otros rubros agropecuarios.

Concluye CONINAGRO:

> Esta es la principal razón de éxodo rural y expulsión de las actividades productivas de muchos pequeños y medianos productores. En algunos casos ya han abandonado la producción; en otros están liquidando continuamente su capital para poder subsistir y es solo cuestión de tiempo, mientras la situación continúe, para que abandonen también su actividad productiva.

Es importante tener en claro que las unidades actualmente por debajo del nivel rentable son muy superiores en tamaño a las unidades económicamente viables en los países desarrollados. Las extensiones requeridas por el actual nivel de rentabilidad en la agricultura argentina son evidentemente incompatibles con cualquier racionalidad estructural que responda a una sociedad demográfica y económicamente sustentable.

Como confirmación de este aserto, entre 1992 y 1999 desaparecieron 60 000 unidades de explotación agrícola en la región pampeana.

La trascendencia del tema sugiere la oportunidad de enfocar las orientaciones que siguen en esta materia países de alto desarrollo, como los de la Unión Europea y los Estados Unidos de América. En ellos, dado su origen histórico, podemos distinguir dos tipos de estructuras rurales: las estructuras de origen ancestral y las de trasplante.

Europa

El modelo representativo de las estructuras de origen ancestral es el agroeuropeo. Según señala una fuente oficial alemana, la posesión del suelo después del último gran movimiento migratorio, que marca el derrumbe del imperio romano, se ha desarrollado en forma continuada. El pensar en generaciones

posibilitó durante casi 2000 años la preservación del paisaje y del suelo, por lo cual los fenómenos de erosión, tan difundidos en otros lugares de la tierra, hasta hoy casi no existen.

Tales estructuras atravesaron bajo diferentes formas de dependencia la Edad Media y llegaron virtualmente indemnes hasta la contemporaneidad, y consolidaron profundas implicancias caracterológicas y culturales.

Tanto más nos impresiona la manera en que los países europeos supieron planificar y ejecutar la adaptación de este complejo ancestral a las necesidades que planteó la revolución tecnológica de la segunda posguerra. Este proceso, cuyos principios fueron sintetizados en los años cincuenta en el informe Mansholt (Sicco Mansholt, quien fue Ministro de Agricultura de Holanda y primer Comisionado para la Agricultura de la Comunidad Económica Europea), favoreció la racionalización y el engrandecimiento de las superficies para facilitar el empleo de los nuevos medios de tracción y de producción.

Su signo fue la mesura. En todos los documentos se advierte la conciencia de la importancia de la preservación estructural demográfica. En la Conferencia Agraria de la Comunidad celebrada en Stresa, en 1958, se fija, junto con el reconocimiento de la creciente influencia de técnica y mercado en la estructura empresarial, «la idea guía de la moderna empresa campesina familiar como objetivo común de la política agraria».

Consecuentemente con este pronunciamiento, la ley francesa de orientación agrícola proclama como una de sus metas «promover y favorecer una estructura de explotación de tipo familiar». En la misma época, el Director de Modernización de Explotaciones en Francia explicaba lo siguiente:

> La política de instalación de jóvenes y los planes de desarrollo aparecen hoy aún más como una compensación de los engrandecimiento, que han llegado a ser menos necesarios, tanto en razón de progresos técnicos recientes --genética animal y vegetal-- los cuales permiten paliar una escasa superficie por la intensificación, como en razón de una verdadera estrategia de la producción agrícola, que debe contribuir al ordenamiento del territorio a través del mantenimiento de una red bastante densa de empresas geográficamente bien distribuidas y conducidas por titulares más jóvenes y mejor formados.

De esta manera, la Europa Verde realizó una reforma que «tan solo en Francia implica la transferencia de 9 millones de hectáreas, afectando a un millón de agricultores».

La modernización de la agricultura francesa ha ido acompañada por una concentración continua de los establecimientos rurales, cuyo número pasó de 1 588 000 a 680 000 entre 1960 y 1997. La superficie promedio de las explotaciones se ha duplicado y es actualmente de 41,7 hectáreas, aunque la concentración parcelaria se efectuó principalmente en beneficio de las unidades de más de 100 hectáreas.

En Alemania Federal, el tamaño medio de las explotaciones pasó de 8 hectáreas en 1949 a 14,6 hectáreas en 1978 y a 15,5 hectáreas en 1981. Esta tendencia ha continuado. Entre 1991 y 2000, el promedio de extensión de las unidades productivas pasó de 31 a 40 hectáreas, mientras que la cantidad de explotaciones

en el mismo período pasó de 540 000 a 429 000 unidades. La mayoría de estas unidades son manejadas como explotaciones individuales (95 %).

Aunque la tendencia al aumento de la superficie de las explotaciones ha continuado en estos dos países, nunca se abandonó desde la perspectiva gubernamental la política de mantener un equilibrio poblacional y una estructura agraria coherente con ese objetivo.

Política de ingresos

Para sostener la estructura así conformada, la Comunidad ejerce una activa política de ingresos, cuyo objetivo explícito consiste en asegurar a los agricultores un nivel paritario con los ingresos medios de la población urbana. Esta política estabiliza los precios agropecuarios y ofrece originalmente garantías de ventas en tres escalones: primero, plena intervención estatal, a cargo de un fondo especial de la Comunidad; segundo, intervención de adquirentes privados con cargo parcial del costo al fondo especial; tercero, sin intervención.

Para los cereales se fija un precio de orientación, que los agricultores deberían lograr. A tal efecto, se gravan las importaciones para elevar su precio de venta interno al nivel de orientación y se otorgan bonificaciones compensatorias a los exportadores con el mismo fin de sostener el precio que recibe el productor. Para impedir diferencias mayores existe un precio de intervención o de garantía. A este precio, el Estado debe comprar cualquier cantidad que se le ofrezca.

Esta política de ingresos ha tenido también efectos no deseados. Dadas las relativamente reducidas superficies de sus unidades de producción, ha incentivado a los agricultores a lograr con el empleo masivo de agroquímicos muy elevados rindes cerealeros, contaminando el subsuelo y el agua con elementos químicos y creando problemas comerciales por acumulación de stock. Para atenuar tales efectos están disminuyendo los subsidios a la producción y derivando una mayor parte de los fondos disponibles a contribuciones directas para sus agricultores, atendiendo la multifuncionalidad de su profesión. En cuanto a las bonificaciones a los exportadores, muy cuestionados por Argentina y otros países agroexportadores integrados en el grupo CAIRNS, siguen siendo materia de discusiones internacionales.

Por otra parte, el incremento de la incorporación de tractores y de autocosechadoras revela el bajo costo relativo del equipamiento. El parque de tractores aumentó en la República Federal Alemana entre 1950 y 1970 de 75 mil a 1,3 millones. En 1981 eran 1 468 000 unidades en un total de 780 000 explotaciones. Es evidente el efecto multiplicador en la industria de maquinaria agrícola y el poder de irradiación a los demás sectores de la economía. De esta manera, el nivel de rentabilidad, garantizado por el Estado, trata de sostener el perfil estructural del agro europeo, logrado tras un intenso período de transformaciones.

Estados Unidos de Norteamérica

Uno de los modelos exitosos de estructuras agrarias de trasplante lo constituyen los Estados Unidos. La colonización del vasto subcontinente norteamericano la realizaron inmigrantes que desembarcaron desde Europa en los puertos de la costa atlántica y se desplazaron hacia el oeste sobre tierras ya libres de sus antiguos ocupantes. Muchos de los recién llegados eran granjeros en busca de oportunidades de convertirse en propietarios de tierras, cosa vedada a ellos en sus países de origen. Fueron hombres de frontera, de una frontera que se movía incesantemente, hasta llegar a los bosques y valles de la costa del Pacifico. Ocuparon extensiones de moderada superficie que a ellos, hijos del viejo mundo, debían parecer grandes, sosteniéndose en base a una producción autosuficiente, es decir, arraigando en el nuevo suelo.

Su arraigo fue favorecido por una clarividente decisión política de facilitarles el acceso a la propiedad legal, decisión que culminó con la Homestead Act de 1862, que puso a disposición del inmigrante una superficie de 160 acres (aproximadamente 65 hectáreas) de tierra laborable sin cargo, con la sola obligación de establecerse en ella y trabajarla.

Así nació una estructura territorial estable, aunque en dinámico movimiento.

> El advenimiento de la revolución industrial y la consiguiente concentración fabril en lugares ventajosos rompió el círculo de autosuficiencia y provocó una nueva emigración, orientada ésta hacia las ciudades, la que tuvo tanta importancia como la migración hacia el Oeste. El cambio condujo en el Este a la formación de un mercado urbano, al que el Oeste podía proveer; la propia región se autoabastecería de productos perecederos

Tal la imagen de una sociedad, cuyas contradicciones en equilibrio dialéctico incubaron un inédito potencial de desarrollo.

Aunque las unidades primarias de su estructura rural han dispuesto de mayor extensión que las granjas europeas, se ha realizado también aquí un proceso de ensanchamiento de superficies y disminución del número de unidades. En la actualidad existen aproximadamente dos millones de granjas, menos de la mitad que las de 1935. La superficie media es de 184 hectáreas. Hay un millón de autocosechadoras y cinco millones de tractores. Ello da idea del grado de equipamiento logrado.

A partir de la depresión de 1920 y la crisis mundial de 1930, los términos de la rentabilidad agraria han sido apoyados por el Estado con el objetivo de lograr, como en la Comunidad Europea, una paridad básica con los trabajadores de la economía urbana. Los medios fueron los subsidios directos a la producción y el crédito.

El elevado índice de endeudamiento actual de las empresas rurales parece revelar un serio desfasaje. No obstante, aún las granjas familiares, según se desprende de informes oficiales, «siguen siendo parte distintiva y vital del panorama rural estadounidense».

Argentina: síntesis comparativa

La estructura rural argentina es, como la estadounidense, resultado de un proceso de trasplante. Partiendo de una franja de poblados y puertos, tributaria de la economía minera colonial, la República ensanchó su dominio hacia el sur y el oeste en distintas campañas militares, que desalojaron las tribus indígenas de toda la gran cuenca pampeana. Este espacio fue ocupado por una ganadería extensiva, «que solo exigía el escaso uso de mano de obra y no requería redes de transporte, ya que la ganadería es autotransportable».

Tampoco requería inversión en construcciones, puesto que se realizaba a cielo abierto durante todo el año.

El sistema se afianzó en una complementación simbiótica con Inglaterra, entonces en pleno desarrollo industrial, que absorbía los productos de esa ganadería. Cuando su demanda de cereales imponía la necesidad de mano de obra adicional, el flujo inmigratorio resultante encontró el dominio de la tierra ya definido en poder de la gran propiedad latifundista.

La diferencia con las condiciones del trasplante norteamericano fue tempranamente advertida por esclarecidos prohombres de nuestra nacionalidad. Así Sarmiento escribía a Valentín Alsina: «Toda la población de América del Sud está montada en los errores más garrafales en el arte de poblar, y la mitad de los desastres de nuestras Repúblicas estaban ya preparados por el sistema de colonización española».

A los fines de una evaluación comparativa sintetizaremos aquí algunos rasgos del desarrollo agrario argentino ya aludidos en páginas anteriores.

En efecto, la colonización agrícola se inició a mediados del siglo XIX en tierras semimarginales de Santa Fe, que se extendieron hacia la región costera del río Paraná. Las mejores tierras del sur de la provincia, como también las tierras de Buenos Aires, se entregaban casi únicamente en arrendamiento. El grueso de la inmigración agrícola se insertaba en el esquema a través de arrendamientos precarios de tres años.

Esta agricultura itinerante produjo el excedente cerealero deseado y el mejoramiento de los campos necesarios para producir la calidad de la carne que requería el mercado inglés. Lo que no produjo fue arraigo humano y consolidación de estructuras rurales que pudieran haber sido bases para un desarrollo posterior.

Una secuencia de ordenamientos legales con el tiempo brindó mayor protección al arrendatario, y se congelaron las condiciones pactadas e instituyeron prórrogas de plazos, para obligar finalmente a optar por la compra del predio o su abandono.

El resultado fue la coexistencia de latifundio con una clase media propietaria, todo lo cual —para repetir una definición arriba citada del funcionario francés Bruno Rajaud— no alcanzaba a constituir «una red bastante densa de empresas bien distribuidas». Fue un proceso de trasplante tardío e

incompleto, que no tuvo la masa crítica necesaria para consolidar, como en los Estados Unidos, un diseño de país equilibrado.

CAPÍTULO SEGUNDO

La caída del sistema

— — —

Consecuencias

La coyuntura externa, que al principio apuntaló el florecimiento del sistema, se agotó en los años treinta del siglo pasado. Hasta las innegables ventajas comparativas de nuestro suelo y clima perdieron peso relativo frente a las nuevas posibilidades y exigencias tecnológicas. Pero quedó el espejismo de un campo como recurso siempre disponible y una tendencia abusiva a la transferencia de recursos, espoleada por las carencias de una sociedad urbana en acelerado e inorgánico proceso de concentración.

La estructura agraria argentina acusa las consecuencias. Su clase media está en retroceso numérico y cualitativo. Muchas unidades productivas se han deteriorado por descapitalización y endeudamiento. El contratista itinerante ocupa el lugar del arrendatario de antaño. Pero la mayor potencia y velocidad de su maquinaria y el plazo corto de su paso por la tierra, que debe rendir beneficios inmediatos a las partes intervinientes, tiende a constituir una amenaza para la conservación del suelo y del medio ambiente. La práctica de la siembra directa es un método conservacionista, siempre que no dé lugar a un empleo excesivo de agroquímicos.

Una nueva forma monofuncional de la agricultura la constituyen los pools privados para una sola siembra de importantes superficies arrendadas al efecto. Para sus ocasionales asociados, es netamente un negocio anual, cuya concreción práctica está a cargo de técnicos profesionales, que trabajan con maquinaria potente la superficie puesta a su disposición, y generalmente obtienen buenos rindes de producción.

Es la moderna versión de la antigua agricultura itinerante, provista de moderna tecnología, pero aún más ajena al lugar de su concreción que aquella. En la economía vecinal no tiene presencia. Es oportunista, sin compromiso con la tierra y su gente. La siembra uniforme, extendida sobre grandes superficies, reemplaza a la variedad de cultivos y del paisaje por una monotonía ecológicamente nociva.

El caso de la soja

Un hecho notable es la gran expansión del cultivo de la soja en el país, que de 37 000 hectáreas en 1970 ha llegado a 10 000 000 de hectáreas. Una gran parte de este cultivo se siembra en combinación anual con cereales, particularmente con trigo. La general difusión de la siembra sobre rastrojos recién cosechados ha sido facilitada por la siembra directa que agiliza el proceso.

En el caso argentino, la soja producida es genéticamente modificada, particularmente, para hacerla resistente a la aplicación de herbicidas. La creciente capacidad de resistencia de las malezas ha exigido la aplicación de dosis cada vez mayores de estos agroquímicos.

El efecto ha sido un aumento de las cantidades de herbicida utilizadas, contrariamente a lo prometido, lo cual implicó un aumento extra de aplicación, calculado en 9,1 millones de kilogramos para 2001, con los efectos de contaminación que ello implica.

Al efecto ecológicamente desfavorable de esta explotación de alta productividad se une su efecto social negativo. El alto costo del equipamiento necesario y de la semilla genéticamente modificada ha motorizado, junto con otros factores, la concentración de las explotaciones y la paulatina desaparición de unidades más pequeñas.

Resumiendo, esta realidad, Walter Pengue, investigador en la Universidad de Buenos Aires, comenta:

> Los indicadores muestran que el campo ha logrado muchas de sus metas económicas, pero ha fallado en la incorporación de muchos beneficios sociales y ambientales. Esto incluye la desaparición de pequeños y medianos emprendimientos (agrícolas e industriales), un crecimiento en la desocupación urbana y rural (7,1% en 1989, 15,4% en 2000) y ha incrementado la migración poblacional y el descenso de los salarios.

Los valores olvidados

Aun incrementando su productividad, el campo argentino se vacía de presencia humana. Languidece la mayoría de las poblaciones del interior, mientras en los polos de concentración urbana se acumula una sobrecarga poblacional sin espacio, sin suficientes oportunidades de trabajo ni infraestructuras que alcancen. Los costos materiales y, sin duda, humanos de esta problemática son muy superiores a los subsidios agrarios de los países industriales.

Todavía resisten denodadamente núcleos de productores agropecuarios, sus familias y sus cooperativas a estos vientos de la destrucción.

Se juega aquí una reserva remanente de la cultura del trabajo y del arraigo. Nuestros economistas no consideran estos valores. No los encuentran en sus manuales. Tampoco computan en sus cálculos el tremendo costo social y ambiental de la deformación demográfica en evolución y sus graves secuelas. Pero el vaciamiento del interior avanza e impone a la sociedad argentina, como a su economía, un absurdo marco de estrechez.

Espacios de ficción

Este marco viene obstruyendo cada vez más el desarrollo argentino. Una economía amoldada a una coyuntura internacional de medio siglo grabó en el mapa del país un diseño contraído, en el cual todos los caminos conducían al puerto. La inmigración europea, refluyendo del vasto espacio rural, que no le dio cabida, no pudo sino integrarse en ese diseño. Por gravitación, le siguió la industria en su lento crecimiento, que a su vez atrajo una segunda corriente migratoria de mano de obra procedente de un campo que continuó expulsando población. Así se formaron contados polos de concentración demográfica. En la vasta geografía del país solo habían surgido espacios económicos estrechos.

Llegó pues la hora de los espacios de ficción.

La acumulación de fondos provenientes de exportaciones de alimentos realizadas durante la segunda conflagración mundial parecía ser una tardía reaparición de la renta agroexportadora de antaño. El gobierno de turno empleó esas reservas en la cancelación de compromisos externos, en incrementar bienes y actividades del Estado, en impulsar la industria sustitutiva de importaciones y en elevar la participación obrera en el producto económico. Al finalizar la guerra de Corea, se agota esta bonanza junto con las expectativas de su repetición.

El país se encontró de nuevo frente a su realidad. Pero la estela de ilusiones que había dejado la breve coyuntura vivida se convirtió en un factor emotivo y político perdurable. Su símbolo sería la imagen de Eva Perón como vocera —físicamente desaparecida, pero espiritualmente presente— de los humildes. Nada autoriza a despreciar estos sentimientos. Una impronta psicológica, mucho menos respetable, entre los sectores más favorecidos de la sociedad es el recuerdo de la remota pero brillante economía de renta agroportuaria, que hoy, degradada en cultura de renta, inspira en esos niveles comportamientos insolidarios. Así, a través de estratos tan dispares de nuestra sociedad, el pasado sigue proyectando sombras alienantes sobre el presente.

Las perturbaciones institucionales, que luego sacudieron al país, forman parte del cuadro. Observa Aldo Ferrer: «Los dilemas no resueltos de la sociedad argentina se trasladaron al plano político y provocaron repetidas quiebras del orden establecido», y agrega: «Esta experiencia marca una diferencia decisiva con la de Australia y Canadá, países periféricos, que hacia 1930 compartían con la argentina el liderazgo respecto de los principales indicadores económicos».

A lo largo de décadas, el Estado argentino desatendió su misión de administrar con idoneidad los recursos y bienes a su cargo. Solo así se explica la escandalosa degradación de los servicios públicos, como ferrocarriles, teléfonos, etc. Coincidentemente, también descuidó, por acción u omisión, la estructuración equilibrada del principal activo de un país, como es su población y su territorio, priorizando siempre las soluciones fáciles, pero efímeras de las opciones coyunturales.

La sociedad urbana de masas forzó el menguado espacio económico disponible, sobredimensionando sectores burocráticos administrativos, actividades comerciales y servicios, lo cual redundó en una ineficiencia global. También la inflación iniciada en la década de los cincuenta creó un ámbito evasivo, que encubre desbalances en el proceso económico a costa de consumidores, asalariados y deudores con pasivos indexados. Si en la década de los sesenta la inflación aún no pasaba del 22 % anual, en la década siguiente ya alcanzaba el 130 %, para superar en la de los ochenta el 500 %. Pero ya en los años sesenta culmina el drama de la economía argentina y de una sociedad constreñida en los estrechos límites de un sistema, que la aísla de la amplitud de sus condiciones naturales.

Sin decidirse a hacer retroceder esos límites, la política adoptada bajo la tercera presidencia de Juan Domingo Perón intenta forzar dentro de ellos la economía, en procura de estabilidad con equidad social. Su ministro de economía, José Gelbard, define estos objetivos de la siguiente manera:

> 1) Implantar como sistema de política salarial todas las medidas destinadas a una justa distribución del ingreso, cuya finalidad superior determine la conformación de salarios con creciente poder adquisitivo; 2) Eliminar la marginalidad social mediante la acción efectiva del estado en materia de vivienda, educación, salud y asistencia social; 3) Absorber en forma total y absoluta la desocupación y el sub empleo de los trabajadores argentinos; 4) Mejorar en forma irreversible la asignación regional del ingreso; 5) Terminar con el descontrolado proceso inflacionario y la fuga de capitales.

Las medidas aplicadas fueron aumentos generales de salarios, congelamiento y control de precios, y la fijación de un tipo de cambio inamovible. Casi de inmediato aparecieron las grietas: desabastecimiento y circuitos económicos clandestinos. La fuga de capitales no pudo ser frenada.

Cuando falleció Perón, cuya autoridad había respaldado este programa, comenzaron las rectificaciones que desembocaron en un descomunal estallido inflacionario. En ese momento, Celestino Rodrigo era titular de Economía.

El régimen militar, que accedió al poder en 1976, proclamó el propósito de «transformar una economía de especulación en una economía de producción». A falta de espacios reales apeló a otro espacio económico prestado, aprovechando la liquidez de la banca internacional y su disposición de reciclar indiscriminadamente el exceso de fondos, el cual se acumuló después de la suba internacional del precio del petróleo a partir de 1972.

Las clases favorecidas de la sociedad argentina se habían formado al calor de una economía de rentas, que prolongó sus valores profusamente internalizados en una cultura de renta, como ya hemos mencionado, siempre al acecho de sus oportunidades. Solo así se explica la fácil aceptación por parte del establishment y los efectos particularmente perversos de este nuevo espacio de ficción, abierto por el acceso ilimitado al crédito internacional.

Sentencia Ikonicoff:

> Argentina es un caso químicamente puro de endeudamiento para especular. En todos los países se especuló, pero en ningún país se especuló solamente. Acá no hubo déficit de la balanza comercial, no hubo expansión de la capacidad productiva, sino que, por el contrario, existió una regresión y no hubo como en otros países necesidad de endeudarse para importar alimentos o petróleo. Creo que esa política no tuvo ninguna ideología y que, si se exhibió como tales el monetarismo y el liberalismo, ello fue solo el pabellón para encubrir una mercadería, que simplemente consistió en beneficiar determinados grupos con los privilegios del poder económico.

Evidentemente la indudable existencia de empresarios honestos que trataron de aprovechar esta coyuntura para equipar convenientemente a sus empresas no logró inclinar el fiel de la balanza.

La reforma financiera del año 1977 liberó las tasas de interés, y mantuvo hasta 1980 la garantía irrestricta de los depósitos bancarios por el Estado. La producción quedó aplastada bajo el peso de la usura. Hubo desindustrialización y retroceso del PBI, mientras la inflación no bajaba del 200 %. La quiebra de empresas y el consiguiente colapso de bancos diezmaron las reservas monetarias.

El saldo del proceso así conducido fue una guerra perdida y una elevada deuda externa, cuyo origen nunca se llegó a esclarecer totalmente. También quedaron otras deudas: una deuda de sangre y sufrimiento humano, y el derrumbe de una conquista cultural irrenunciable, la del Estado de Derecho.

Desde que en la segunda posguerra se extendieron los beneficios de una coyuntura históricamente breve a masas entonces sumergidas, la sociedad argentina fue relativamente equitativa. Si bien con retrocesos, esta condición se mantuvo hasta el fracaso del último intento de restablecerla plenamente durante la gestión del ministro Gelbard, como hemos mencionado más arriba. A partir de ahí se concreta el aparentemente imparable proceso de transferencia regresiva del ingreso y de concentración de la renta.

Culmina así la etapa inicial de una profunda reversión del sistema que, al no encontrar otra respuesta a las variaciones del medio, se ve forzado a realizar nuevos desplazamientos «para recuperar su estado estable a lo largo de un nuevo parámetro».

Los nuevos desplazamientos

Sobre los escombros de un proceso que había pretendido ser de reorganización nacional (1976-1983), nace una democracia, cautiva de pesadas herencias morales y económicas. Después de un ejemplar juicio a los gobernantes del periodo dictatorial, la presión militar, tendiente a cortar el seguimiento judicial de las responsabilidades en que habían incurrido las fuerzas de la represión, obligó a concesiones presidenciales, que a su vez dejaron heridas sin cerrar.

El proceso económico se caracterizó por una persistente tendencia inflacionaria. Para contrarrestarla se implementaron medidas como el Plan Austral, que a pesar de éxitos iniciales naufragaron por falta de suficiente respaldo. Finalmente, este proceso terminó en un estallido hiperinflacionario, cuya consecuencia política fue la renuncia del presidente Raúl Alfonsín seis meses antes de completar su período y la asunción del gobierno por la principal fuerza opositora, avalada por elecciones formalmente correctas.

El nuevo presidente, Carlos Menem, mostró poseer un agudo sentido de la oportunidad. En un movimiento sorpresivo se alió con los grupos minoritarios conservador-liberales, que habían estado en las antípodas de la ideología de su propio partido, y facilitó el avance del capital nacional e internacional, que había sido la locomotora invisible de este cambio.

Después de algunos titubeos, se cortó la inflación y se instituyó una relación fija con el dólar estadounidense. Esta fijación arrancó con un cierto atraso cambiario, que se agravó al compás del lento

pero sostenido aumento de los costos internos, particularmente en las áreas se servicios y energía, privatizados como veremos enseguida.

La pérdida resultante de competitividad exportadora intentó compensarse a algunos grupos de empresas por rebaja de aportes patronales, reembolsos y flexibilización laboral, lo cual contribuyó a desfinanciar servicios sociales del estado. Agravó este despojo la mayoritaria privatización de los fondos estatales de jubilación (AFJP), que derivó un importante caudal de contribuciones hacia circuitos financieros desde los cuales, luego, volverían parcialmente al estado como préstamos usurarios, lo cual constituyó finalmente un 40 % del endeudamiento público.

La rigidez impuesta al valor de la moneda nacional implica la renuncia del Estado a una política monetaria soberana que, en manos del Banco Central de la República, tendría la función de adaptar la disponibilidad de dinero circulante a las necesidades de la economía. La financiación de aspiraciones fiscales solo es admisible en casos excepcionales. Un Banco Central maniatado está, pues, limitado en el uso y frenado en el abuso de sus funciones.

Para bien y para mal se cierran estas posibilidades. Pero la austeridad presupuestaria, que habría debido ser la consecuencia, no entraba en las intenciones del equipo gobernante y de su ramificado entorno, embelesados por espejismos primermundistas y paralelas apetencias personales.

Entramos pues en el último de los espacios evasivos de ficción. Lo abre la venta de los cuantiosos activos patrimoniales del Estado. La administración pública de estos activos, de alto valor estratégico en el conjunto de la economía, era poco dinámica y tecnológicamente atrasada. Pero su privatización se concretó con apuros y con serias falencias en cuanto a la preservación de los intereses de la comunidad.

Los cuantiosos fondos ingresados por estas privatizaciones, que debían haberse usado para reducir la deuda pública entonces existente, fueron absorbidos por una injustificable avalancha de gastos.

Reaparece entonces como fuente de financiamiento la recurrencia desinhibida al mercado financiero nacional e internacional. Este recurso parecía al principio abundante: en vez de emitir moneda, se emitió deuda, o sea, obligaciones a futuro de manera rutinaria e irrestricta. A los pocos años de gobierno, precisamente en 1995, el monto adeudado por la administración anterior ya se había duplicado para alcanzar unos años más tarde, entre amortizaciones e intereses, una cifra del orden de aproximadamente doce mil millones de dólares anuales. En el contexto estrecho de la economía argentina, ya descripto, sucedió pues lo inevitable: por exceso de riesgo se encareció y finalmente cesó la afluencia de capitales. El último de los espacios de evasión se agotó.

Después de un inicial crecimiento económico, estimulado por los cambios producidos, la economía del país se hundió en una severa y prolongada depresión, con una industria casi totalmente desnacionalizada, una clase media en descenso, alta desocupación y subocupación laborales, con importantes contingentes de la población bajo la línea de pobreza, subalimentación difundida, ansiedad y

resistencia visibles en barrios y rutas, coincidente todo ello con un Estado económica y funcionalmente desarmado.

Argentina, que había tratado de mantener su largo compromiso con su sociedad de masas y, particularmente, con la clase media, lo está cancelando. Bajo la consigna de incorporarse al primer mundo, el país se apresta a completar la imagen que identifica al subdesarrollo: la profundización de un perfil dual de la sociedad.

El desarrollo industrial argentino está frenado por la falta de un solvente mercado interno, que sería incluso la plataforma natural para su proyección hacia el exterior. Muchos empresarios, que se esforzaron por modernizar sus industrias, se han visto frustrados y frecuentemente obligados a abandonar.

Se destruyen así centenares de miles de puestos de trabajo. Según cálculos oficiales, la tasa de desocupación en todo el país se acerca al 19 %, trepando al 20 % en el Gran Buenos Aires y en varias ciudades del interior del país.

La economía pública del país, a nivel nacional y mayoritariamente a nivel provincial, está en cesación de pagos (default). Hemos llegado al fondo de la profunda depresión económica y aún moral, resultado inevitable del espacio evasivo transitado durante el último decenio del siglo transcurrido.

Un manto de profundo desconcierto parece envolver a la sociedad argentina, oscureciendo el presente y, aún más, toda perspectiva de un futuro posible.

La pérdida de un factor vital

Hay atributos de la naturaleza humana que, sin ser conscientes, cumplen funciones importantes en su desarrollo. Solo si se debilitan o se pierden, se nota con sorpresa su ausencia.

Ya hace casi doscientos años, Adelbert von Chamisso escribió una historia que simboliza este fenómeno. En ella cuenta la desventura de un amigo suyo, Peter Schlemihl, que entregó su sombra a un espíritu del mal a cambio de oro.

Nadie piensa nunca en la sombra que a todos nos acompaña. Sin embargo, su ausencia desata en el caso del cuento mencionado una tragedia dolorosa.

Uno de esos atributos inmanentes en la naturaleza humana es el sentimiento de futuro. Por debajo de todas las manifestaciones conscientes, actúa como propulsor silencioso pero indispensable. Solo cuando por alguna razón desaparece y cesa de actuar, se nota su ausencia. Es lo que le está ocurriendo actualmente a nuestra sociedad.

El masivo deseo de emigración, que invierte absurdamente el fenómeno fundacional de nuestro país, es solo uno de los múltiples síntomas de esta pérdida.

Recuperar el sentimiento de futuro significa, a través de un esfuerzo de análisis crítico, una indispensable apertura de perspectivas.

Para definirla, debemos enfocar el panorama mundial de la evolución, que llamamos «desarrollo», inscripto en los datos que nos suministra la historia. Estos datos conforman el ámbito, el cual inspirará las ideas y las estrategias para construir un futuro posible.

CAPÍTULO TERCERO

Los marcos de referencia

— — —

Lo que llamamos «desarrollo» induce a errores de apreciación debido a la aparente impetuosidad de su génesis y la perturbadora velocidad de los cambios que hoy exhibe. Tales errores se proyectan también en el fenómeno del subdesarrollo, e inspira actitudes y políticas voluntaristas. Creer que el desarrollo es una experiencia fácilmente reproducible revela una visión que ignora sus verdaderas raíces.

En realidad, la eclosión aparentemente súbita de la edad industrial ocurrió después de siglos de incubación.

El derrumbe del Imperio romano significó la desarticulación de sus estructuras político-administrativas. Se despueblan los centros urbanos, y el régimen esclavista se transforma en el régimen feudal. La producción agropecuaria de los campesinos dependientes va a parar a manos de los señores feudales.

Allí se transforma en bienes de uso y consumo, diversificados por un comercio ejercido en un principio por mercaderes judíos, vinculados intra e intercontinentalmente.

Este comercio complementario del temprano régimen feudal luego es desplazado por las actividades comerciales de una 'burguesía' —burgos—, afincada en ciudades emergentes. Esta burguesía se constituye en fermento de una sociedad hasta entonces quieta. Estimula la productividad rural, requiriendo excedentes comerciales, y fomenta el crecimiento urbano; así, se derivan medios hacia una diversificación del trabajo artesanal. A su vez, la población urbana en aumento necesita más alimentos y más materia prima, y estas demandas se revierten hacia la campaña circundante.

En lento avance, apenas perceptible, se van acumulando elementos para las transformaciones posteriores.

Al comercio de alto riesgo, practicado a largas distancias, se le agrega un comercio inter europeo más denso, que convierte en factor principal de la competitividad el costo de producción de la mercadería. Para lograr la baja de estos costos, particularmente en el comercio de tejidos entre las regiones vecinas, la atención de los maestros artesanos se concentra cada vez más en las técnicas productivas.

El Renacimiento

Los cambios maduran lentamente y presagian el agotamiento de un período histórico que llamamos la Edad Media. Aumenta la densidad del mundo occidental. Crece la inquietud por renovar tradicionales estructuras representadas por la escolástica y el feudalismo agrario. Esta inquietud se descarga en las

violentas cruzadas, en sublevaciones campesinas y en guerras desencadenadas por movimientos de reforma religiosa en la mayor parte de Europa.

En el continente y, particularmente, en Italia, se afirman ciudades con creciente poderío comercial, político e incluso militar. Sus riquezas favorecen actividades artísticas y culturales.

En ambientes así predispuestos, impacta a mediados del siglo XV la llegada de sabios griegos, que abandonaron Bizancio ante su conquista por los turcos. Resucitarían el recuerdo de los primeros filósofos griegos, de Tales a Heráclito, que ya prescindieron de la mitología, para tratar de determinar la esencia del mundo a partir de sus propios elementos naturales. Reanimarían la dialéctica de Sócrates y de su discípulo Platón, quien difundía estas búsquedas en sus obras y levantó la imagen virtual de la Idea. Habrán transmitido también rasgos más amplios del pensamiento de Aristóteles, y lo liberaron de interpretaciones escolásticas.

Paralelamente, las trabas que el avance turco imponía a las antiguas vías comerciales generaron la necesidad de encontrar otras rutas hacia la India, polo abastecedor del intercambio transcontinental. Confiando en la redondez de la Tierra, Colón emprendió la navegación hacia el Oeste, dirección contraria a la tradicional, para llegar a la India, la cual creyó haber encontrado descubriendo tierra al final de su azarosa navegación. Pero esta tierra era otro continente, más tarde llamado «América».

Por su parte, el portugués Vasco da Gama navega hacia el Este hasta rodear el extremo sur de África, el Cabo de Buena Esperanza, y abrió una nueva ruta marítima hacia la India.

Se ensancha la geografía del mundo conocido. Superando la enconada resistencia basada en textos bíblicos literalmente interpretados, se abre paso a una nueva cosmovisión, cuya fuente es la observación crítica de la realidad. Nace la ciencia moderna. A la coyuntura histórica en que se inicia este despertar la llamamos «el Renacimiento». Sus precursores son Paracelso, Telesio y Giordano Bruno, víctima de la Inquisición en 1600. Entre sus primeros referentes se destacan Leonardo da Vinci, Copérnico, Galileo Galilei y Kepler. A ellos se suman las exploraciones filosóficas de Descartes cuya afirmación cogito, ergo sum (pienso, luego existo) compendia la fe en la función primaria de la mente humana, es decir, la razón.

La época de la iluminación

Rendimos aquí homenaje al período subsiguiente, en el cual predominaban los impulsos espirituales. Los nuevos conocimientos que la ciencia iba adquiriendo, aplicando metodologías de un racionalismo crítico, inspiraban un oleaje de optimismo ético. La vanguardia intelectual de la humanidad occidental llegó a confiar en que con la herramienta maestra de la Razón sería posible superar las situaciones aberrantes aún prevalecientes en la sociedad. Y puso manos a la obra.

Ya en 1740, un decreto del rey Federico el Grande dispone la abolición de la tortura en Prusia. Se combate el procesamiento de presuntas brujas. El último asesinato judicial de una mujer inculpada se

produce en 1782 en Glarus, Suiza. Se atenúan prejuicios nacionales y se destaca el ideal de la humanidad. Se valora la libertad, la dignidad y los derechos de los seres humanos. Se producen liberaciones de campesinos y los judíos logran derechos de ciudadanía.

Las religiones son objeto de evaluación a la luz de la investigación histórica y científica. De todos modos, se proclama la tolerancia frente a todas sus formas. Así enseña el vicario Saboyardo en El Emilio de Rousseau: «Yo considero todas las religiones particulares como otras tantas instituciones saludables que prescriben en cada país una manera uniforme de honrar a Dios. Yo las creo a todas buenas cuando se sirve a Dios convenientemente. El culto esencial es el del corazón».

Una característica de la época es la proliferación de asociaciones secretas, como las logias francmasónicas, para el progreso material y moral de la sociedad. Descubrimos las huellas de este movimiento en próceres fundadores de la República Argentina, entre ellos en las figuras de Mariano Moreno, traductor al castellano del «Contrato Social» de Rousseau, y en José de San Martín.

A pesar de que el racionalismo posrrenacentista requería fundamentos de mayor profundidad, a cuya búsqueda dedicaron sus esfuerzos filósofos como Kant, Hegel y pensadores posteriores, sus valores básicos ya forman las columnas sostenedoras de nuestra civilización. Ante recaídas en la barbarie, como las ocurridas en la primera mitad del siglo XX, han constituido el núcleo de la resistencia intelectual y emocional que logró superar la prueba. Pero la confrontación aún continúa a través del tiempo.

Después de lograr su independencia, los Estados Unidos de América del Norte expresaron los principios democráticos y humanistas en su Constitución, los que más tarde inspiraron los documentos constitutivos de los países latinoamericanos, cuando estos también alcanzaron su independencia nacional. La Revolución francesa los proclamó con pasión religiosa y los difundió en la Europa entera.

La esclavitud de seres humanos, practicada sobre todo en las plantaciones de azúcar y algodón americanas, recién quedó abolida en la segunda mitad del siglo XIX.

Valorando la época de la Iluminación, Albert Schweitzer enfatiza: «Solo una cosmovisión, que crea lo mismo que la del Racionalismo, tiene el derecho de juzgarlo. La grandeza de aquella filosofía consiste en que tiene callos en las manos».

Un enlace decisivo

Al calor de tales impulsos se va concretando un enlace de particular dinamismo: el de los adelantos científicos con el desarrollo del sistema económico. Este enlace representa un hecho revolucionario, aún no registrado tan intensamente en la historia humana. Explica Celso Furtado:

> «La total disociación de estos dos elementos en la cultura griega dio origen al hecho de que la elite comerciante permaneciera como injertada en el organismo social, donde continuó predominando el complejo ideológico de la elite agrícola esclavista. Pero no habría bastado el predominio de la elite comercial para que se lograse esa combinación extraordinaria, que solo cristalizaría en el siglo

dieciocho. El desarrollo de las economías comerciales buscaba una línea de menor resistencia, ofrecida por el traslado de la frontera económica. Los fenicios llegaron a Inglaterra y los portugueses avanzaron hasta la India. A pesar de todo, la densidad de los universos respectivos era demasiado débil para que los problemas relacionados con la organización de la producción llegasen a tener una significación fundamental» y remarca: «No hay duda de que el deseo de comprender y explicar el mundo físico y metafísico ha sido común a todas las culturas. Pero solo fue en la economía industrial, que este impulso fundamental del espíritu humano se incorporó al elemento motor del sistema económico. Es fácil comprender la fuerza explosiva, que resultaría de la conjugación de esos dos impulsos básicos del hombre: el deseo de riqueza y poder y la aspiración de comprender y explicar el mundo en que vivimos».

La hora de Fausto

Estos dos impulsos, cuyo encuentro produjo la dinámica del desarrollo contemporáneo, han sido plasmados vigorosamente en las figuras míticas de Fausto y Mefistófeles del gran poema de Goethe. Fausto es el inquieto explorador de la realidad que lo envuelve. En el prólogo, el Señor del Cielo caracteriza a Mefistófeles como un elemento incitante, que, a su pesar, contrarresta el relajamiento del hombre.

Ambos protagonistas representan inspiraciones opuestas y su pacto será intrínsecamente conflictivo. Este antagonismo caracteriza los vaivenes que la sociedad humana histórica y contemporáneamente refleja. Esta historia está llena de conflictos. Pero recién a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, época de un dominante optimismo ético, toma el carácter de la unión antagónica entre Fausto y Mefistófeles.

El avance conflictivo

Los documentos iniciales de aquel tránsito aún reflejan vigorosamente el espíritu fáustico de la época. En su obra sobre las Condiciones y Bienestar General, Adam Smith propone el libre juego de las voluntades individuales, siguiendo el principio del laisser faire. Esta iniciativa apuntaba al mejoramiento del conjunto de la sociedad, contando con la 'mano invisible' del mercado, constituido ya por una multitud de anónimos actores. La evolución posterior no justificó esta confianza. Pero como dice John Kenneth Galbraith: «Para la búsqueda socialmente desinhibida de la riqueza no había ninguna fuente clásica satisfactoria, ni siquiera Smith, por muy imaginativamente que se lo malinterpretara».

Significativamente toda la filosofía de aquella época, ante todo en Inglaterra, cuna de la Revolución industrial, gira alrededor del teorema de cómo hacer converger dos impulsos aparentemente divergentes, el egoísmo y el altruismo, hacia el bien común. Bentham y Hume colocan esta preocupación en el centro de sus esfuerzos. El propio Adam Smith eleva en su obra filosófica —fue profesor de Moral en Glasgow— la innata simpatía con los demás a la categoría de reguladora del comportamiento mutuo de los hombres. Aun no medían las fuerzas que habían sido desatadas. Por ello, cuando los comienzos de la Revolución industrial parecían defraudar tan elevadas esperanzas, surgieron con naturalidad los contestatarios brotes del socialismo utópico de Saint Simon, Fourier, Proudhon y Owen, junto con la pequeña pero trascendental cooperativa de los tejedores de Rochdale.

Ciertamente no fue un nacimiento indoloro el de la edad industrial. Involucraba la desaparición de actividades artesanales como la de los tejedores arruinados por la competencia del telar mecánico. Implicaba el traslado masivo de contingentes poblacionales del campo a la ciudad y de la casa a la fábrica. Las fábricas hacinaban seres humanos en condiciones indignas, agravadas por la primitiva tecnología de la transmisión de fuerza motriz en forma mecánica a través de ruidosas redes de ejes con largas correas y poleas, más tarde notablemente mejorada y mejor distribuida por la introducción de los motores eléctricos.

El otro 'motor' de este fenómeno fue el deseo empresario de apurar la acumulación primitiva del capital industrial.

Estas observaciones inspiraron la monumental pirámide de ideas de Karl Marx, quien extrapoló en el tiempo la tendencia de aquellos comienzos. Guiado por la dialéctica hegeliana, que según Eduard Bernstein «constituía el elemento infiel de la doctrina marxista», llegó a predecir una progresiva polarización clasista, que sería resuelta por una síntesis revolucionaria como meta final.

Pero esta misma perspectiva de Marx y de su colaborador Engels contribuyó siquiera en parte a modificar la secuencia por ellos prevista. El proletariado industrial se organizó sindical y políticamente con el sentimiento de una misión que contenía valores éticos ponderables, enfocados hacia la perspectiva de un mundo mejor. La lucha de clases así emprendida logró el acortamiento de la jornada de trabajo, salarios más dignos y mejores condiciones ambientales. La mano de obra dejó de ser así la variable más elástica de la competitividad, y el empresariado tuvo buenos motivos para racionalizar la producción a través de mejoras en organización y tecnología.

La dualidad

Si consideramos la sociedad como sistema integrado en relaciones circuitales de intercambio, la dualidad representa la medida de su imperfección.

Pero esta dualidad ya no es la polarización entre capitalistas y proletarios, que «no tienen nada que perder excepto sus cadenas», como proclamaba el Manifiesto Comunista. Por cierto, la polaridad, que Marx consideraba el eje del desarrollo, era una auténtica contradicción dialéctica. Tenía un lugar, la empresa, y un objetivo: la 'plusvalía'. El dualismo en las sociedades contemporáneas no tiene carácter dialéctico, donde los opuestos comparten un ámbito común. Es una fractura, una escisión.

Según el informe Worldwatch, ya «en 1989, aproximadamente 1200 millones de personas vivían en el triste estado llamado pobreza absoluta, en el que no se satisfacían sus más básicas necesidades de alimentación, ropa y cobijo».

En esta masa humana no se incluye el desempleo coyuntural, que es una variable del mercado de trabajo de la Sociedad Industrial, en la cual el desempleado, a pesar de su cese transitorio, permanece

integrado. Las personas a que se refiere el informe citado son auténticos excluidos. Subsisten como pueden, a veces en medio de la omnipresente exhibición de riquezas para ellos inaccesibles. Donde la sociedad legal no les deja ningún resquicio, tratan de sobrevivir fuera de sus normas. Las consecuencias de la desnutrición y el abandono, sobre todo en la edad temprana, amenazan con convertir la exclusión social en exclusión mental y fisiológicamente irreversible.

Resistencias y matices

La geografía del hambre ya ocupa vastas extensiones del mapamundi. Pero aún en el panorama del avance del capitalismo existen todavía matices y diferenciaciones cualitativas, que intentan salvaguardar la condición humana en el proceso económico.

El avance del capitalismo industrial hasta su transformación en la «dictadura de las finanzas» ha encontrado en su camino resistencias de inspiración social que, siguiendo con la alusión al poema de Goethe, representan las resistencias de Fausto frente a las tentaciones mefistofélicas que ahora prevalecen.

Aquellas resistencias aún se manifiestan de distintas maneras y contribuyen a perfilar el conflictivo proceso del desarrollo contemporáneo.

Una aproximación a este tema la ofrece el comentarista francés Michel Albert, quien advierte en su obra Capitalismo contra Capitalismo significativas diferencias entre sociedades, que invocan los mismos principios de la economía liberal.

En los países centroeuropeos como Alemania, Suiza, Austria y Suecia, a los que se suma Japón, se observan comportamientos económicos y sociales integradores. La empresa tiende a funcionar aquí como ente económico con motivaciones transeconómicas. El obrero es considerado partícipe y ha logrado en algunas áreas una efectiva cogestión. Las diferencias en las remuneraciones no son extremas. Hay un difundido espíritu de ahorro que favorece al sistema bancario.

Una generalizada conciencia macroestructural inspira políticas de distribución geográfica de las actividades en función de los recursos naturales de cada región, tendiente a mejorar las infraestructuras de las regiones menos favorecidas. Prevalece una disposición a pensar en términos de mediano y largo plazo, apuntando menos urgentemente a ventajas inmediatas.

Esto la diferencia de la inclinación dominante en los modelos, que Albert llama «neoamericanos», por haber sido particularmente promovidos en los Estados Unidos a partir de la presidencia de Ronald Reagan. En estos predomina la más móvil de las formas de una economía de alta velocidad: las finanzas. La Bolsa de Valores se constituye en el principal campo de asignación de fondos, y esto deja al sistema bancario en un segundo lugar. Las mismas empresas se ven obligadas a buscar excedentes inmediatos so pena de sufrir consecuencias a veces irreparables.

El dominio de las finanzas y del corto plazo sobre la producción, la pérdida de los lazos afectivos en las relaciones obrero-empresa, el desenfrenado afán de enriquecimiento y, en consecuencia, las desigualdades crecientes, agravadas por el retroceso de las responsabilidades sociales del Estado, que contempla impasible el aumento de la marginalidad; todo ello configura el síndrome del modelo neoamericano que, a pesar de todas las resistencias, avanza como un vendaval sobre el mundo.

Efectivamente, este fenómeno contemporáneo tiene todos los atributos de un evento natural.

El vendaval

Como frente a un vendaval, nosotros, la gente del llano, adoptamos posiciones de defensa. Se vuelan techos, se derrumban paredes de muchos hogares, otros se afirman y permanecen, aun crujiendo, en pie. También hay quienes prosperan, siguiendo la correntada, a veces por encima de las reglas tradicionales de la sociedad.

Para no sucumbir a un fatalismo paralizante. es necesario tener presente el contenido objetivo de esta sensación.

Este contenido es una explosiva aceleración terminal de un proceso, cuyo desarrollo abarca varios siglos. Se trata de la formación lenta y sostenida de un mercado mundial. Tal proceso se inicia, como ya hemos dicho más arriba, al finalizar la Edad Media, cuando se superaron las limitaciones de una economía regional, naturalmente casi autónoma, y se intensifica con las sucesivas mejoras en materia de navegación. Desde las tierras descubiertas allende el mar se transportan los productos de las minas de oro y plata hacia el viejo continente. Luego siguen la misma travesía las cosechas de las plantaciones tropicales y, en sentido inverso, los esclavos para trabajarlas.

Argentina ingresa a mediados del siglo XIX en una corriente comercial transoceánica que corresponde al criterio del economista clásico David Ricardo, quien recomendó que cada país produzca e intercambie las mercancías para cuya producción dispusiera de ventajas comparativas. Así, nuestro país envió su producción de alimentos y materias primas, grano, carne y lana, hacia los mercados empeñados en la Revolución industrial, cuyo protagonista fue Inglaterra. La corriente inversa a estos envíos nos abastecía de la producción de las industrias europeas. Tales relaciones de intercambio fueron beneficiosas en su época y habrían continuado siéndolo en un universo estático. Pero la dinámica diferencial en ambos lados de la relación produjo marcadas asimetrías de desarrollo.

Las regiones involucradas en el proceso industrializador experimentaron transformaciones en ininterrumpido avance. Las impulsó la permanente retroalimentación entre adelantos científicos y tecnológicos por una parte y la acumulación de capital en creciente productividad por la otra. La marea de innovaciones abarcaba, además de los procesos fabriles, los transportes y finalmente las comunicaciones electrónicas que hoy recorren todo el globo terráqueo.

Las rivalidades que acompañaron este desarrollo expansivo tuvieron su cruenta fase política y militar en la primera mitad del siglo XX. Fueron dos guerras de extrema violencia que por primera vez en la historia recibieron el nombre de «mundiales». Su secuela geopolítica fue la formación de dos bloques de potencias que, a pesar de deber sus ideologías a un mismo origen histórico filosófico, el racionalismo, se enfrentaron en una sorda lucha apenas contenida por el espanto nuclear. Con la disgregación de uno de esos bloques, el llamado soviético, se resuelve esta confrontación.

La hora de Mefistófeles

A partir de ahí, entrando en el último decenio del siglo XX, el capitalismo ya no reconoce limitaciones. Todos sus movimientos ya ensayados exitosamente se despliegan ahora con mayor amplitud. Una red de formaciones empresariales va envolviendo al mundo. Crece la concentración de capitales simultáneamente con su descentralización operativa, buscando condiciones ventajosas alrededor del planeta. Los núcleos fuertes no solo fagocitan por compra o fusión a competidores más débiles. También incursionan en actividades ajenas a sus objetivos originales en un movimiento paralelo de concentración y dispersión.

Una valoración de este proceso permite destacar el sorprendente avance logrado en el dominio de la naturaleza y la conquista de adelantos tecnológicos en numerosos aspectos. Ello ha hecho posible ya en la segunda posguerra varias décadas de bonanza económica y equilibrio social, y ha elevado las condiciones de vida del estrato humano que ha podido acceder a ellas. Tan acelerados progresos han necesitado la particular estructura de motivaciones que los han sustentado.

Esta estructura de motivaciones reconoce como cobertura filosófica trozos tan solo parcialmente interpretados del pensamiento de Charles Darwin y Adam Smith. En la cúspide de esta interpretación está el afán de posesión y poder, en su pedestal, la dura necesidad de supervivencia. Esta estructura motivacional, de gradación espiritualmente baja, impulsa en forma poderosa la dinámica de los cambios, pero mutila la naturaleza humana y no cesa de despertar resistencias emocionales. Estallan así reacciones a veces de gradaciones simétricamente bajas, a menudo coincidentes con las perturbaciones que llegan a afectar periódicamente a las economías y una de cuyas principales características pronto sería reconocida como la relativa superproducción.

La gran crisis mundial de entreguerras que tuvo lugar en los años 1929 y 1930 tuvo como consecuencia el surgimiento de regímenes genocidas en Europa Central y la segunda de las guerras mundiales. Aún antes de su estallido, en 1936 apareció la obra de John Maynard Keynes: Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero. Parte de un claro reconocimiento de las crisis como fenómeno de desequilibrio coyuntural entre oferta y demanda, que deberían ser puenteadas por políticas estatales estimulantes de la demanda, aún a costa de algún déficit fiscal. Las graves consecuencias de la crisis mundial de los años treinta y el deseo de evitar repeticiones favoreció la aceptación de la propuesta de Keynes.

Así, aun antes de terminar la guerra, se reunieron las potencias aliadas en la Conferencia Monetaria y Financiera de Bretton Woods, para diseñar la forma de reconstruir Europa y preservar al mundo de depresiones económicas futuras. Como instrumentos internacionales de una política anticíclica se constituyeron allí el FMI y el Banco Mundial. Aplicando en lo fundamental las orientaciones keynesianas, se logró canalizar varios decenios de desarrollo económico-social sin mayores perturbaciones, retrospectivamente considerados la mejor época del siglo.

Esta bonanza concluyó con la crisis petrolera de los años setenta y el cambio de las orientaciones internacionales a partir de la cooptación 'neoliberal' de los centros del poder económico en la década de los ochenta, al que también se plegaron, olvidando a Keynes, los organismos internacionales.

De este modo, el fin del siglo XX, lejos de ser remanso de paz, es hervidero de conflictos peligrosos por las tecnologías de destrucción ahora disponibles.

El sistema con fracturas

Más significativas aún son las fracturas que se manifiestan en el interior del propio sistema capitalista, ahora sin el freno moderador que le imponía la presencia de un sistema pretendidamente alternativo. Emergen en su centro definitorio, que condensa el metabolismo de la economía capitalista: el mercado. Es aquí donde se originan dos fracturas fundamentales. Una de ellas afecta las profundidades sociales del sistema, la otra descompone su altura operativa financiera. El factor desencadenante es una fantasmal reconversión del trabajo acumulado en el capital que, en lugar de su función habitual de remunerar nuevo trabajo asalariado real, aparece con una inédita capacidad de producir directamente en forma automatizada. El hada que despertó esta reencarnación es la tecnología cibernética.

El autor de este término, Norbert Wiener, dice de tal fenómeno:

> La máquina automática es el exacto equivalente económico del trabajo de un esclavo. Cualquier obrero que entre en competencia con la labor de los siervos, debe aceptar las condiciones de estos últimos. Es evidente que ello producirá una situación en el mercado de trabajo al lado de la cual la crisis presente y hasta la depresión de la tercera década de este siglo parecerán problemas agradables.

El proceso no es lineal pero progresivo. En su libro El fin del trabajo, Jeremy Rifkin señala lo siguiente:

> en el pasado cuando una revolución tecnológica afectaba el conjunto de puestos de trabajo en un determinado sector económico aparecía de forma casi inmediata un nuevo sector que absorbía el excedente de trabajadores del otro (...) Sin embargo en la actualidad, dado que todos estos sectores han caído víctimas de la rápida reestructuración y de la automatización, no se ha desarrollado ningún sector significativo, que permitía absorber los millones de asalariados que han sido despedidos. El único que se vislumbra en el horizonte es el del conocimiento", pero, "seguirán siendo pocos, si los comparamos con el número de trabajadores sustituidos por la nueva generación de máquinas pensantes

La sociedad de consumo

El resultado neto es un aumento del paro obrero junto con el crecimiento del potencial productivo y la consiguiente acumulación de riquezas. El progresivo reemplazo de mano de obra humana por máquinas, la racionalización y automatización del proceso productivo, que baja costos en procura de mayor rentabilidad competitiva, cambia muchos lugares de producción industrial, agraria y mercantil, originalmente repletos de obreros, por silenciosos ámbitos con poca presencia humana.

Esta merma de puestos de trabajo no se compensa, como sostienen algunos teóricos, con la creación equivalente de nuevas oportunidades laborales. Tampoco se confirma la opinión de algunos economistas de que el aumento de la riqueza en los estratos dominantes de la sociedad cause una 'filtración' de mayor bienestar en las masas populares. Ambas opiniones describen procesos parciales que no invalidan la tendencia prevaleciente. Por el contrario, el descenso de partes de las clases medias debido al avance de la concentración empresarial profundiza las diferencias sociales en medio del continuo aumento de la productividad, que no encuentra un crecimiento compensatorio de poder de compra.

La tendencia de disminución estructural de la demanda frente a una oferta cada vez más abundante constituye el reverso crítico del sistema.

La respuesta del poder económico ha sido un formidable esfuerzo por crear demanda a partir de la oferta. Este esfuerzo logró transformar la tradicional austeridad del público, generada en milenios de economía de escasez, en una actitud de desenvoltura consumista. Así, se inauguró la 'sociedad de consumo'.

El gasto, antiguamente conceptuado como 'vicio', adquiría el prestigio de la virtud; el espíritu de sacrificio se convirtió en deseos de lucimiento y placer. Se perfeccionó el arte de presentación de las mercancías y los supermercados abolieron el tradicional mostrador, y colocaron los objetos profusamente iluminados y atractivamente envueltos al alcance de la vista y de la mano del potencial comprador. La limitación que representaba la disponibilidad de fondos fue alejada por la difusión del crédito. Como contrapartida inevitable, la lucha de las familias por sostener las crecientes cargas asumidas se torna cada vez más dura. Pese a tan amplios esfuerzos, continúa profundizándose la brecha entre la productividad de la economía en ascenso y el estrechamiento de la franja de demanda. Las causas de la fractura continúan vigentes.

También se globalizan las finanzas

En consecuencia, la actuación competitiva de las empresas se ha proyectado al mundo entero, buscando cuencas económicas aún disponibles dondequiera que se encuentren. El mismo panorama produjo otra mutación significativa: el desborde del capital financiero más allá de su funcionalidad original.

El sistema bancario y bursátil se formó como auxiliar de la economía real, catalizador de ahorros y movilizador de recursos. Este servidor rompe sus moldes y asume nuevas modalidades operativas. Dentro

de las economías en proceso de estrechamiento, el capital global ha crecido en forma desproporcionada. Así se crearon excedentes, que perdieron contacto con la realidad subyacente y buscan rendimientos en dimensiones casi netamente especulativas.

Facilita este proceso evasivo la desmaterialización de los términos financieros. El último intento internacional de prevenir descompensaciones entre comercio y finanzas en la segunda posguerra fueron los mencionados acuerdos de Breton Woods (1944). Las presiones económicas iban socavando este esfuerzo. El dólar estadounidense impuso su liderazgo y, en 1971, se suspendió la paridad de esta moneda con el oro. Desapareció así la última encarnación física de los signos monetarios, que pasaron a ser símbolos matemáticos en vaporosa fluctuación.

Como sucedió en la transnacionalización empresaria, también la globalización de segmentos financieros fue facilitada por nuevas tecnologías. A través de ellas encontraron un espacio de virtualidades informáticas, libre de la pesadez de la realidad terrestre. En él se mueven en busca de oportunidades de lucro. Su veloz desplazamiento, más la afluencia de fondos provenientes de tráficos ilegales, multiplica sus números hasta superar en decenas de veces la economía real.

Semejante hipertrofia de su costado financiero contribuye a desorganizar el funcionamiento de todo el sistema y provoca sobrevaluaciones y bajas bruscas. La mayor exposición la padecen los países que, por debilidades estructurales, desequilibrios económicos y sobreendeudamientos se convierten en rehenes de los capitales especulativos, a quienes deben seducir con toda clase de ventajas como altos intereses, que castigan a su propia economía, además de sufrir despiadadas presiones por ceder al lucro privado las últimas herramientas públicas para una política social.

La actual crisis argentina es parte de esta patología, cuyas consecuencias en definitiva recaen sobre el ya deteriorado frente social en un encadenamiento claramente autodestructivo.

De aquí hacia adelante

La tempestuosa secuencia que barrió el siglo XX con horrores de violencia y transformó paisajes y estructuras, equipando al mundo con maravillas tecnológicas, está exhibiendo grandes perturbaciones. Ellas deberían desalentar a quienes desde las viejas escuelas creen en un crecimiento sin término. Por el contrario, en el pensamiento de sociólogos y políticos, y, en gran parte, de la opinión pública, se abre paso al convencimiento de que, el capitalismo contemporáneo, según formula Alain Touraine (Clarín, 6/9/98), ya «no es un estado o tipo de sociedad: es un modo de modernización y ese modo, por brutalmente eficaz que sea, no puede mantenerse en forma duradera. El capitalismo no es más que el big-bang al comienzo de la creación de un universo nuevo».

La creación de un nuevo universo postcapitalista, más que un sueño lírico, es una condición para la supervivencia del género humano.

CAPÍTULO CUARTO

El nuevo paradigma

— — —

Abriendo perspectivas

Dice Albert en su obra ya citada:

> Hay que subrayar la importancia determinante, a mediano y largo plazo, lo que podríamos llamar la cohesión de una sociedad, su homogeneidad, su armonía. Es éste un factor inmaterial y por lo tanto imposible de cuantificar. Pero al faltar se valora su importancia. La dureza de una sociedad, el desgarramiento de su 'tejido', las tensiones que la habitan, todo eso tiene un costo en términos económicos. Aquí tenemos un efecto perverso de las desigualdades que olvidan considerar los ultra liberales partidarios de la 'economía de la oferta'. En las sociedades más homogéneas la población está más instruida, mejor formada y por los tanto incluso mejor preparada para adaptarse a los cambios mundiales y a las exigencias del progreso.

Las analogías, como las parábolas, no equiparan hechos o sucesos, pero ilustran semejanzas entre fenómenos diferentes, a veces mejor que la exposición descriptiva. Solo en este sentido es lícito señalar analogías entre el cuerpo humano y la sociedad. La construcción de ambos es celular. Las células primarias asumen la división de sus funciones a través de estructuras que organizan la complejidad del conjunto en forma sistémica.

En el cuerpo humano, innumerables células se agrupan así y forman tejidos y órganos, intensamente recorridos por procesos metabólicos y mensajes de distinto signo. La unidad funcional así lograda culmina en el cerebro, centro de elaboración de percepciones y emisor de impulsos conscientes. Pero la mayoría de los procesos vitales se realiza sin la intervención de la conciencia cerebral. Proyectando la analogía hacia la sociedad humana, el sector público, que incluye al estado, es comparable al cerebro del individuo. Como en el organismo humano, la mayor parte de los procesos vitales de la sociedad se realizan sin la intervención de este órgano destinado a ser tan solo el marco de aquellas manifestaciones, cuyo modus operandi es la espontaneidad.

Con la caída del bloque soviético hemos asistido al abandono de un ensayo de gran envergadura, que intentaba extender la voluntad del estado a todas las actividades del organismo social por medio de una planificación centralizada y omnipresente. Este ensayo ha demostrado la inviabilidad del método. En el interior de las sociedades actuales, el medio de hacer efectivo el metabolismo de bienes y servicios es el mercado.

A través de este medio circula la corriente de intercambios. El equivalente de los bienes y servicios producidos en el tejido celular económicamente activo se divide en partes destinadas al consumo y en otras que representan ahorro. Estas últimas se convierten en inversión directa o se derivan al sector

bancario o financiero, agente reasignador de recursos excedentes. El proceso se propaga por el interior de la sociedad hasta donde existen unidades incorporadas al mercado. En el caso óptimo, nadie quedaría afuera de este flujo económico. Si tal cosa ocurre en un organismo viviente como el humano, calificaríamos este óptimo como signo de salud. Si, por el contrario, sea en el organismo vivo o en la sociedad, detectamos zonas excluidas de este, no dudaríamos en calificarlo como una situación patológica. Tal sería el caso de las sociedades a las que hemos llamado «duales», que en su forma extrema conforman verdaderas escisiones.

Interpretando con este criterio el desarrollo, relegamos a un segundo término los chisporroteantes fuegos de artificio, que a menudo acompañan su marcha, y optamos por evaluar su estado de salud por un parámetro mensurable: el grado de eficiencia cuanti-cualitativa en el proceso de producción y difusión de los bienes, tanto materiales como culturales, hacia todos los componentes del cuerpo social, en simetría con una situación próxima al pleno empleo. A esta situación la llamaremos la de una «sociedad coherentemente articulada».

De esta manera, como hipótesis de trabajo, la imagen de una sociedad coherentemente articulada podrá orientar como una brújula todo el esfuerzo de aproximación a un desarrollo equilibrado y sostenible.

Revalorizar las fronteras

Para que tal esfuerzo pueda tener éxito, es indispensable atenuar el vendaval globalizador y reducir la violencia de su impacto tendiente a desarmar todas las barreras, que se oponen a su imperio. Hay que vigorizar estas barreras, revalorizando límites y fronteras en función de salvaguardar una evolución orgánica y saludable.

Apelando nuevamente a la analogía con los organismos vivientes, esta función está presente en el propio origen de la vida, que no habría podido desarrollarse sin la creación de la célula, cuya compleja organización a su vez solo pudo surgir dentro de una pared envolvente de permeabilidad selectiva. En la sociedad humana cumplen funciones análogas las regiones autónomas, las naciones y los estados. Al igual que las células, sus fronteras han de ser selectiva y adaptativamente permeables, con el objetivo de fortalecer la cohesión interna y la comunicación e intercambio con el mundo externo.

Protegidas contra los embates de una globalización desenfrenada y selectivamente abiertas al mundo entero, las comunidades estarían en mejores condiciones para reencontrarse con los parámetros naturales de su evolución económica, cultural y social.

Recuperar estos parámetros significa, pues, neutralizar la agresión. Esta agresión es un proceso lineal, contrario a los procesos sostenedores de la vida, que son cíclicos. Obedece a un solo foco motivante, el afán de acumular riquezas, inexistente en el universo natural. Achata la plástica realidad sobre el plano unidimensional de los números. Su consecuencia, la fragmentación y la creciente exclusión social, reduce

lenta pero persistentemente la demanda global en relación con el crecimiento de la oferta global de bienes y servicios, lo cual socava inexorablemente las bases del propio sistema.

Una equivalencia fundamental

Una sociedad en transformación, que detenga y revierta esta carrera hacia el ocaso, desembocará en el restablecimiento de la equivalencia entre producción y consumo, entre oferta y demanda. Este cambio requerirá solo auxiliarmente medidas económicas. Implica, en primer lugar, las transformaciones sociales que eliminen la dualidad de nuestra civilización y reotorguen a cada uno de sus integrantes adultos su doble condición natural de productor y demandante solvente de productos.

Para ello, deben reconstituirse las estructuras demográficas, hoy gravemente distorsionadas, y adecuarlas al espacio disponible y a sus recursos. Estas estructuras, rígidamente fijadas durante la Edad Media en beneficio de las clases feudales y eclesiásticas, se han flexibilizado hasta disolverse por la aparición de nuevos atractores, las burguesías comerciales e industriales. Finalmente, se generaron verdaderos derrumbes demográficos, por lo menos allí donde no se tomaron medidas preventivas para retener a la población en el campo.

Por su condición humana, cada individuo desempeña dos funciones complementarias: la de productor y la de demandante de productos. Como productor, produce algún bien o servicio; como demandante, canjea algo producido por él a cambio de lo producido por otras personas. Este primitivo circuito es el principio de lo que llamamos «hecho económico». No se limita solo a insumos personales, también abarca materiales necesarios para la actividad del productor y servicios para facilitar el intercambio. Implica necesariamente facilitar el acceso a la educación, al cuidado de la salud y la satisfacción de necesidades ligadas al arte y la cultura. La empresa que ocupa personal, multiplica el intercambio en ambas direcciones. En pequeña y mediana escala, desempeña un rol movilizador de las actividades en los grupos humanos. La gran empresa industrial o comercial fue el emblema del desarrollo moderno. Impulsó la formación de multitudinarias aglomeraciones humanas, pero con el transcurso del tiempo disminuyeron su capacidad absorbente de mano de obra debido a la progresiva automatización de procesos productivos, contables y comerciales. Así, se expandió una desocupación no solo coyuntural, sino también de estructura.

Agrava esa situación la afluencia de masas humanas del campo, desplazadas por un fenómeno paralelo al industrial: el laboreo de grandes superficies con mínima ocupación de mano de obra, por la mecanización de los trabajos a cargo de maquinaria pesada. El capitalismo tardío ha creado pues un grado de deformación social que esteriliza la vida de enormes contingentes humanos y anula su original capacidad creativa. Para reactivar y revalorizar esta capacidad, es indispensable recuperar para ellos el ámbito espacial apropiado. La desconcentración demográfica es la vía estructural de solucionar el problema de la desocupación en esta era tecnológica. Se trata de reemplazar la economía de la oferta por

una economía de equilibrio entre demanda y oferta basada, fundamentalmente, en el mercado interno, donde los aumentos de producción y exportación dejan de ser los únicos paradigmas.

Para ello, el campo ofrece grandes extensiones hoy solitarias y socialmente desiertas.

Cada grupo, aun pequeño, que afirme su presencia en estas extensiones, es además de centro de producción, un dinámico irradiador de demanda. Multiplicando estos grupos se abren inmensas posibilidades de inclusión social y de nuevos equilibrios para una economía con rostro humano.

Sería primitivo imaginar que ello podría ser un simple traslado de masas humanas aparentemente sobrantes en las grandes concentraciones metropolitanas. En cambio, se trata de un proceso de ingeniería social que requiere decisión, energía y persistencia. Su base será la formación de una red coherente de agro unidades familiares con verdadera vocación para su tarea y extenderla en la medida de lo posible sin solución de continuidad sobre la superficie apta de cada país.

Apoyándose en esta red se desenvolverían las múltiples actividades secundarias y terciarias, lo cual originará nuevas aldeas, poblados y ciudades rurales, cuya relativa proximidad mutua aportaría un fuerte sostén para su arraigo y consolidación, proyectando estas condiciones hacia la célula primaria: la unidad productiva agraria.

La manera de concretar esta transformación depende del punto de partida. Son numerosas las variantes determinadas por la especificidad de las comunidades que emprendan la marcha. La problemática argentina parecería ofrecer menores dificultades objetivas. Existe un margen de maniobra espacial y culturalmente amplio.

La opción argentina partirá de la realidad espacio-temporal en la que debe afirmarse, y recogerá las mejores aspiraciones nacionales aún incumplidas. Va a cambiar esta realidad sin violentarla.

CAPÍTULO QUINTO

Definiciones para un nuevo equilibrio

— — —

La encrucijada

Al constituirse en país independiente, Argentina tenía dos opciones históricas. Una de ellas, defendida por voces preclaras de la Nación, preveía la construcción de un país demográfica y económicamente integrado, en estructuras que desarrollarían su potencial natural y humano. La otra opción, de hecho, puesta en práctica, consistía en aferrarse a distintas coyunturas internacionales, transitoriamente favorables, hasta refugiarse en espacios evasivos de ficción, el último de los cuales acaba de llegar a un colapso al parecer terminal.

Este comportamiento oportunista tuvo su soporte cultural, el cual surgió en épocas tempranas del florecimiento de la economía agroportuaria, favorable a enriquecimientos de oportunidad. Lo hemos llamado «cultura de renta», que despreció la natural moralidad del trabajo del nativo y del inmigrante, necesaria para el sostenimiento y progreso de nuestra sociedad, y contaminó a esta con el moho de actitudes corruptas y delictivas.

El ajuste permanente y este colapso final es consecuencia forzada del marco de estrechez en que se ha encerrado la sociedad argentina. Su búsqueda de espacios de elusión tropezó con barreras cada vez más asfixiantes, hasta agotar las opciones.

Habiendo llegado por este camino al abismo actual solo queda, aun tardíamente, encaminarnos por la otra senda que conduzca a la reconstrucción de una comunidad sostenible. O sea, volver a las fuentes.

Las señales de los tiempos

En su libro "Lo pequeño es hermoso", E. F. Schumacher formula la siguiente pregunta:

> ¿Cuál es el significado de democracia, libertad, dignidad humana, nivel de vida, realización personal, plena satisfacción? ¿Es ese un asunto de mercancías o de gente? Por supuesto, es un asunto de gente. Pero la gente sólo puede ser realmente gente en grupos suficientemente pequeños. Por lo tanto, debemos aprender a pensar en términos de una estructura articulada, que pueda dar cabida a una variada multiplicidad de unidades de pequeña escala. Si el pensamiento económico no puede comprender esto, es completamente inútil. Si no puede situarse por encima de sus vastas abstracciones, tales como el ingreso nacional, la tasa de crecimiento, la relación capital/producto, el análisis input-output, la movilidad de la mano de obra y la acumulación de capital; si no puede alzarse por encima de todo esto y tomar contacto con una realidad humana de pobreza, frustración, alienación, desesperación, desmoralización, delincuencia, escapismo, tensión, aglomeración,

> deformidad y muerte espiritual, dejemos de lado la economía y comencemos de nuevo. ¿Acaso no tenemos ya suficientes señales de los Tiempos, que indican que hace falta volver a empezar?

Volver a empezar

Si esta es la consigna, debe quedar claro cuáles han de ser los objetivos y cuál la metodología a seguir.

Como ya hemos sugerido, la base de una estructura social articulada es la inversión de la morbosa tendencia, actualmente en pleno avance, hacia la concentración demográfica, y una compenetración armoniosa del factor humano con el factor espacio, recuperando la natural afinidad hombre/naturaleza. Este cambio implica la creación de innumerables unidades de pequeño y mediano tamaño, irradiadoras de producción y demanda, abarcando actividades artesanales, industriales, servicios y profesionales, además de su base agropecuaria y minera.

Las tierras que permiten esa integración son las que, además de tener condiciones de habitabilidad, son potenciales fuentes de producción.

No toda la geografía argentina brinda estas condiciones. Pero en su centro se extiende el gran espacio pampeano. A él se suman numerosas cuencas regionales y las tierras áridas susceptibles de riego.

Todo esto, contando con la correspondiente cobertura de ocupación humana configuraría un amplio respaldo para una sociedad estructurada según estos principios. Por el contrario, la deficiente formación de esta cobertura explica la debilidad e inviabilidad del conjunto tal como hoy lo apreciamos.

La cuestión de las escalas

La tendencia aparentemente irresistible hacia la concentración en nuestro agro deriva de una decisión política. Esta decisión implica la progresiva depresión de los niveles de la rentabilidad de la producción agrícola. Se desplaza así el umbral de supervivencia económica hacia extensiones cada vez más grandes, desamparando a las unidades más acá de este umbral. Tal presión se superpone, aumentando sus efectos, a una tendencia mundial al agrandamiento de las unidades y a la disminución de la población rural, correspondiente a la progresiva mecanización de las tareas.

Pero en los países de mayor desarrollo este corrimiento parte de superficies mucho más pequeñas y más equitativamente distribuidas. En Europa, estas superficies están hoy —como hemos visto— en el orden de las 40 hectáreas, que como agravante, en algunas regiones tiene que soportar un completo receso invernal. En un estudio comparativo con la situación agraria de los Estados Unidos, Eduardo Conesa expone lo siguiente:

> El tamaño promedio de los establecimientos agropecuarios de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba resulta ser de 342 hectáreas, según el Censo Agropecuario de 1988. Si comparamos el tamaño promedio de los establecimientos en una zona similar de los Estados Unidos, que es la más productiva y eficiente del mundo, resulta que dicho tamaño promedio es de solamente 203 Has.,

> según el Censo de 1982 de ese país que tenemos disponible. Solo el 2,9 % de los establecimientos rurales estadounidenses tiene más de 800 hectáreas, mientras que la unidad media en el estado ganadero de Texas es de 286 hectáreas. En promedio tenemos los establecimientos más grandes del mundo para la producción de granos y carne vacuna.

Frente a este panorama caben algunas precisiones, que hacen al fondo de la cuestión de las escalas.

Sin considerar diferentes implicancias ecológicas y conservacionistas, la producción agropecuaria es posible a múltiples y muy divergentes escalas. Dentro de este prisma, las empresas familiares, hoy llamadas pequeñas y medianas, y consideradas de pronóstico reservado por nuestros economistas, son perfectamente aptas para un desenvolvimiento racional, moderno y tecnológicamente correcto. Más aún, algunas tecnologías nuevas las agrandan económicamente. En tal sentido funciona el alambrado eléctrico, que posibilita una subdivisión ágil de lotes más allá de las rígidas divisiones tradicionales. Esto permite una flexible adecuación del trato de la tierra a las condiciones de superficies reducidas. El pastoreo rotativo multiplica la receptividad ganadera y aumenta en alto grado la productividad. También contribuyen a ello los modernos métodos de producción y conservación de forrajes.

Compartiendo pues aptitudes de viabilidad técnica con otras opciones, la escala familiar de producción se distingue sin embargo por el hecho de responder a perentorias necesidades sociales: una comunidad rural, formada mayoritariamente por empresas familiares de moderada dimensión y, por lo tanto, suficientemente cohesionada, humaniza el paisaje y sostiene estructuras de masiva oportunidad laboral en beneficio del conjunto de la sociedad.

Multifuncionalidad

Según Schumacher, la agricultura ha de cumplir por lo menos tres tareas:

> Mantener al hombre en contacto con la naturaleza viva de la que constituye una parte muy vulnerable. Humanizar y ennoblecer el hábitat del hombre. Hacer posible la existencia de alimentos y otros materiales, que son necesarios para el sustento de la vida. Y, además, comenta: No creo que una civilización que reconoce solo la tercera de estas tareas y que la persigue con tanta desconsideración y violencia, que no sólo olvida las otras dos, sino que sistemáticamente las ataca, tenga alguna posibilidad de sobrevivir por largo tiempo.

Por supuesto, la producción en cantidad y calidad es el objetivo principal de cada una de las empresas rurales. Pero no debe ser la única. La incuestionable necesidad de producir ha de estar encuadrada dentro de los parámetros de la naturaleza y de la sociedad, que son sus ámbitos condicionantes. La aparentemente noble exhortación de producir más para alimentar una humanidad hambrienta por ahora resulta ser una hipocresía. Hay excedentes de alimentos, mientras millones de seres humanos sufren necesidades primarias. Hasta que no se resuelva el problema de una distribución, que además tienda a otorgar capacidad económica a esos millones para producir o adquirir los alimentos que necesitan, aquella exhortación aún carece de contenido.

No obstante, hay quienes aspiran a biotecnologías para una nueva ronda de incrementos de los rindes, lo que a su vez elevaría las ganancias del sector privado dedicado a la investigación. De concretarse, sería un nuevo avance en la privatización de la naturaleza a costa del productor. La creación de organismos genéticamente programados para una máxima extracción de recursos pondría a dura prueba la capacidad de aguante del suelo y de su ecosistema asociado, teniendo en cuenta que las variedades actuales logradas por selección y cruzamiento ya alcanzan índices de conversión productiva muy elevados.

Las presiones económicas, dirigidas únicamente a la obtención de ganancias, conducen también en otros aspectos a nocivos comportamientos. Cualquier animal destinado al consumo debe ser mantenido hasta su sacrificio en las condiciones más naturales posibles, y evitar así cualquier sufrimiento innecesario. Esto es un deber moral. Por añadidura toda situación de estrés produce en el organismo afectado toxinas que inciden negativamente en la salud del consumidor. La carne de vacunos terminados a campo es baja en colesterol y ácidos grasos saturados, mientras que la de animales engordados a corral (feed lot) contiene cantidades mucho mayores de estas sustancias perjudiciales para la salud humana. Parecidas consecuencias podrán detectarse en otras ramas de producción hiperintensiva.

En el agro argentino, la chata monofuncionalidad está socavando la propia arquitectura del conjunto. La desaparición de centenares de miles de pequeñas unidades de producción ha extendido el desierto social y la monotonía de vastas superficies, cultivadas o no, según impulsos especulativamente coyunturales. Desaparece la multiformidad del paisaje y masas humanas desarraigadas exacerban la hiperurbanización y sus duras secuelas.

Es hora de reconocer el carácter multifuncional de la actividad agraria, tal como lo pregonan los agraristas europeos.

Este concepto hace a la autenticidad del productor agropecuario y a su desempeño profesional. Incluye la creación y el cuidado del paisaje, la conservación del suelo y del equilibrio ecológico del lugar y la presencia humana en función económica, social y cultural.

Ciertamente, la multifuncionalidad es propia de muchas actividades humanas. Pero su ejercicio idóneo es fundamental en la base física del sustento de una nación: su territorio, por lo cual la sociedad debe facilitar al agricultor una adecuada formación profesional y humana, unida al reconocimiento correspondiente en la medida en que satisfaga mediante su desempeño las exigencias de su tarea.

Jerarquización de la actividad agraria

Una causa concurrente del éxodo de la juventud rural, junto con otras muy serias razones, reside en el menosprecio, latente aún en nuestra sociedad, del trabajo rural frente a las actividades urbanas de tipo comercial o administrativo. Tal prejuicio proveniente de la época feudal puede concordar con un concepto de la tierra como feudo o como mercancía. Para la moderna concepción resulta no solamente anacrónico, sino también anti funcional.

Si la tierra es valorizada como el sustento básico de las estructuras sociales y económicas de la comunidad, el arraigo humano es prerrequisito de su estabilidad. La conciencia de estar cumpliendo una función trascendente favorece el arraigo y el comportamiento dinámico del elemento humano involucrado.

El trabajo de la tierra es una trama compleja. Es un medio de producción y, como tal, requiere el dominio de la tecnología correspondiente. Además, constituye un recurso cuya explotación es de carácter extractivo. Por lo tanto, su potencial debe ser conservado para garantizar su sustentabilidad en el tiempo. El trato que se le dispense tiene serias implicancias económicas, ecológicas y estéticas.

Optimizar este conjunto de funciones requiere capacitación y empeño personal.

Solamente una gestión calificada estará en condiciones de armonizar tantas exigencias con el objetivo de viabilidad empresarial. Por ello, la jerarquización de la actividad agraria constituye un requisito insoslayable para las transformaciones necesarias.

También deben crearse las condiciones materiales requeridas para hacer posible una existencia humana digna en el mismo lugar de producción, y extender hasta allí las obras de infraestructura indispensables en energía, comunicaciones y caminos, sanidad, educación y cultura. Los factores económicos en juego deben hacer alcanzable una adecuada rentabilidad de las empresas.

Debería fijarse como meta para elevar en el futuro la preparación del productor rural al nivel secundario, y difundir al efecto una carrera escolar intermedia que termine en el bachillerato agrario que, con el tiempo, llegue a ser calificación obligatoria para el ejercicio de la profesión. Esta capacitación haría más fluida la transferencia de tecnología desde los centros de investigación hacia el campo y ampliaría la base de la misma investigación a través de un mejor intercambio de experiencias (feedback), en el cual el productor sería colaborador activo.

Endeudamiento

El descomunal endeudamiento actual de muchas empresas de producción rural, aún activas, es una consecuencia de circunstancias económicas ya señaladas y del comportamiento autista del sector financiero frente a ellas. En la mayoría de los casos, se trata de obligaciones de origen modesto, que han crecido de manera inmanejable, al compás de los cambios de las reglas del juego (inflación, hiperinflación, convertibilidad, aumentos de costos de insumos y servicios) con plazos cortos e intereses usurarios. A esto, se sumaron eventuales punitorios y la capitalización de intereses, todo lo cual aceleró como bola de nieve el incremento de los saldos deudores, muy por encima de las reales posibilidades de la explotación.

La alta tasa de morosidad de las cédulas hipotecarias, que en su momento parecían ofrecer un alivio, prueba que la burbuja inflada de los montos sobrepasa por lejos la capacidad de cumplimiento.

Por este mismo motivo, y por elementales razones de equidad, será necesario que cualquier plan de refinanciación incluya un previo recalculo de las deudas, que las reduzcan a dimensiones defendibles y afrontables.

Hay que evitar la caída de más unidades rurales, las que resistiendo el vendaval aún están en pie o en condiciones de recuperarse. Serán valiosos puntos de apoyo para una futura reconquista geodemográfica de nuestros espacios territoriales.

CAPÍTULO SEXTO

Voluntades y herramientas

— — —

La bifurcación como oportunidad

Después de haber expuesto el carácter de las transformaciones necesarias para la aproximación al logro de una sociedad sustentable, cabe considerar la delicada cuestión de entrever las relaciones de fuerza y voluntad capaces de responder a las urgencias de cambio planteadas.

Estas urgencias abarcan la recomposición de una realidad social y económica a partir de su base, e incluyen el perfil cultural de la comunidad. Tal recomposición no está pensada en un vacío. No hemos perdido oportunidad de señalar, particularmente en el caso argentino, la presencia de dos almas en el seno de la comunidad involucrada: un alma hipotecada a Mefistófeles que parece haber predominado hasta ahora y otra, que conserva, emergiendo esporádicamente, impulsos vocacionales hacia un futuro más justo y equilibrado. Pero desde la situación límite en que nos encontramos, nos preguntamos lo siguiente: ¿dónde se deberían esperar recursos para salir?

Estamos en un punto extremadamente alejado del equilibrio. Las estructuras y los sistemas que conforman nuestra realidad socioeconómica y cultural se han deslizado por vías nefastas, que nosotros denominamos «espacios de ficción», hasta llegar al actual estado, aparentemente terminal.

Sin embargo, en las ciencias físicas han surgido observaciones que valoran estas situaciones, muy apartadas del equilibrio, como generadoras de cambios importantes.

Describen la dinámica y la evolución de sistemas como secuencias que incluyen la gradual pérdida de sus equilibrios hasta llegar a estados llamados de 'caos' que, al contrario de los temores habituales, se constituyen en nudos creativos de nuevas y sorpresivas orientaciones de cambio, llamadas «bifurcaciones». Estos fenómenos, observados y descriptos por Ilya Prigogine, han sido registrados en la termodinámica de los sistemas fuera de equilibrio y dieron un nuevo sentido al 'caos' como origen de orientaciones complejas e imprevisibles.

Con importante consenso, esta nueva manera de comprender la dinámica del cambio ha sido transferida a las ciencias sociales y humanas. Resulta pues oportuno contemplar el concepto de la bifurcación para imaginar una vía de solución a nuestro problema.

Un libro importante

Nos referiremos a continuación a un libro que abarca un temario afín al nuestro. Su autor es el científico Ervin László, director fundador de la Academia de Viena, que se ocupa de cuestiones relacionadas con el futuro de la humanidad. El título del libro es, precisamente, La gran bifurcación.

Su exposición es amplia: exhibe una visión que corresponde al paradigma de su título. Citaremos a continuación algunas de sus expresiones, que se aproximan a las ideas aquí expuestas.

> En un mundo equipado con modernas tecnologías de comunicaciones y habitado por más de 8000 millones de personas, mucha más gente puede y necesita compartir el espacio urbano. Pero ni siquiera las mejores tecnologías de la comunicación pueden superar los problemas de los megas complejos urbanos: el delito, la superpoblación, el alto costo de vida, las viviendas y lugares de trabajo impersonales y un mercado de trabajo duro y competitivo. Sería sensato que, en la medida de lo posible, que en la próxima era, las personas se negaran a aglomerarse en ciudades de más de 1 millón de habitantes. Las grandes megalópolis de fines del siglo XX necesitan ser dispersadas atrayendo gente de vuelta al campo y a comunidades satélites de tamaño manejable. Vastas poblaciones han llegado ya a comprender que no quieren vivir en medios urbanos; con adecuadas políticas económicas y de asentamiento, podrían tener una oportunidad de vivir y trabajar en el campo. Aun cuando las ciudades persistiesen, tendrían que estar rodeadas de granjas, aldeas y pueblos de tamaño mediano y pequeño. Una comunidad verdaderamente de tamaño humano abarcaría tanto un medio rural como uno urbano, y vincularía la diversidad de ambos emplazamientos para beneficio de su población.

No puede ser nuestra intención abundar en la riqueza de pensamientos que el autor citado expuso en las páginas de su obra, donde expresó la finalidad de preparar a la humanidad para una bifurcación que, según preveía, comenzaría en la década de los años noventa. Su libro se publicó en 1989. Era la hora en que Gorbachov proclamó la "perestroika" en el ocaso de la Unión Soviética. Las cosas parecían encaminarse hacia cambios menos abruptos. Sin embargo, la bifurcación ocurrió y no respondió a las expectativas esperanzadas de una buena parte de la humanidad.

A la caída de la Unión Soviética, que para la población involucrada significó una catastrófica reducción de su nivel de vida, siguió el arrasador avance de un capitalismo globalizador, cuya trayectoria hemos descripto bajo el título El vendaval. La peor parte de este proceso la soportan los países que, como Argentina, se sometieron a él sin reparos ni reservas. Solo la gravedad de la situación creada y la consiguiente toma de conciencia en las comunidades afectadas permiten alentar la esperanza de que este proceso finalmente se revertirá y dará lugar a bifurcaciones orientadas hacia nuevas metas y nuevos equilibrios.

Un cambio posible

Los estados denominados de 'caos' son pues sensibles a deslizamientos o modificaciones trascendentales, desencadenadas por variaciones aparentemente pequeñas de su contexto. Tales cambios son, en general, impredecibles y, por lo tanto, de alto riesgo.

Pero la aplicación de esta nueva rama de las ciencias físicas al campo de las ciencias sociales nos da una oportunidad. Quizás podamos influir en su desarrollo y desenlace. En tal sentido, el elemento decisivo

para cambios históricamente veloces y dinámicos es un cambio cultural, que modificaría la actitud de la sociedad en su conjunto.

Es indispensable y urgente orientar y dar sentido a esta nueva perspectiva. Nuestros gobernantes y el amplio espectro de economistas e ideólogos, que diariamente suministran sus recetas, aún no han comprendido esta realidad.

En el mejor de los casos, actúan rigiéndose por conceptos mecanicistas obsoletos. Piensan y actúan, volviendo a la analogía con las ciencias físicas, como un astrónomo, que no hubiera evolucionado más allá del espacio y tiempo absolutos de Newton.

Estas falencias en la formación de nuestra dirigencia han frustrado dos elocuentes pronunciamientos democráticos producidos en las dos últimas elecciones generales (presidenciales en 1999 y legislativas en 2001).

En estas dos ocasiones hubo una clara e inequívoca exigencia de cambio (aunque con mensajes diferentes en cada una de ellas) que revela el estado altamente sensible de la población, que nuestra dirigencia no supo interpretar ni orientar.

Es vital para la supervivencia de la democracia que este estado de la conciencia colectiva sea interpretado y canalizado hacia vías de superación, mostrando proyectos alternativos convocantes y viables.

Una metodología

Si logramos una firme voluntad de superación, las herramientas para implementar los cambios socioeconómicos y demográficos que le darán sustento y viabilidad deberán observar dos normas fundamentales. La primera de estas normas es la de un tiempo activo.

Al apresurado habitante de la ciudad esta noción quizás le sea extraña. A los agricultores nos es profundamente familiar.

A cada siembra le precede un largo proceso de preparación de la tierra. Una vez nacido, el sembrado requiere un seguimiento activo de observación, apoyo y defensa. Pasan meses de lenta transformación y, si la naturaleza ayuda, ocurre el despliegue de un mar de espigas ondeando al viento. Vuela el polen, se hincha el grano y la planta, colmada de vida germinal en su cúspide, y se abandona a la muerte. Pasa la máquina. El mar de espigas se convierte en rastrojo. Y de pronto sentimos que ha pasado un año. Un año de tiempo activo.

El propio desarrollo de una unidad de producción agraria representa un tiempo activo permanente, a partir del diseño y rediseño de su infraestructura, de su rotación de cultivos y de su adecuación siempre renovada a nuevos datos económicos y tecnológicos.

El tiempo activo es tiempo dinámico, que se integra acompasadamente en los ritmos propios del medio involucrado, y otorga un margen amplio a todos sus acomodamientos necesarios.

La segunda norma fundamental es la de convergencia persistente de todos los medios idóneos hacia el objetivo enfocado. Esta convergencia es el motor del tiempo activo en su aproximación a las transformaciones deseadas.

La convergencia persistente, sostenida a través de un tiempo activo, constituye una fórmula de gran potencialidad instrumental. Supera a cualquier voluntarismo revolucionario.

Apliquemos pues, estas herramientas a la tarea de transformar la realidad argentina. Detengamos el proceso destructivo en marcha, invirtiendo el sentido de las acciones convergentes que desde hace décadas están operando en dirección negativa, para orientarlas al servicio de un proyecto con futuro.

Se hace camino al andar

Según una creencia generalizada, la concentración empresarial es tendencia inherente a la economía contemporánea. Grandes empresas han rebasado fronteras nacionales. En la economía agraria argentina, contados complejos económicos financieros dominan el mercado de nuestra producción primaria, que intervienen como productores terratenientes, tanto industriales como exportadores. Todos ellos defienden un espacio oligopólico común del cual han logrado eliminar incluso al Estado, cuya gestión arbitral y reguladora podría haberlos molestado.

No impugnamos a priori la realidad de formaciones económicas grandes, siempre que se integren sin intrusión monopólica en sistemas viables.

Pero las cuestionamos en la base de la sociedad, allí donde se determina la viabilidad de todo el conjunto, que es la ocupación del suelo. Aquí cualquier disfunción estructural compromete la arquitectura de la sociedad.

Como hemos expuesto, el suelo argentino tiene un régimen de ocupación defectuoso. Además de inconclusa y por ello espacialmente inconexa, la ocupación humana de este suelo sufre un persistente proceso erosivo. En vastas extensiones se expande el desierto social.

Pero este proceso es resultado de decisiones políticas y, por lo tanto, es reversible por otras decisiones del mismo nivel.

Los términos de la rentabilidad influyen decisivamente en la formación de las estructuras económicas. La política agraria europea, como ya hemos descripto, defiende la permanencia de la unidad agraria familiar, y sostiene parámetros adecuadamente altos de su rentabilidad. La política tradicional argentina ha sido de orientación opuesta. Ha tendido a mantener bajos los precios agrarios, empleando a tal fin un amplio repertorio de medidas particularmente de carácter impositivo y cambiario. Junto con el dominio

oligopólico del mercado, tales medidas reducen los ingresos del productor, aunque, por otro lado, poseen una escala de costos elevada en todos los rubros.

Estos parámetros de la rentabilidad rural afectan menos a las explotaciones de gran superficie, cuyos dueños, en muchos casos como hemos visto, están emparentados con el mundo de los negocios urbanos. Pero asfixian a las pequeñas y buena parte de las medianas empresas, lo cual explica los fenómenos de descapitalización y deterioro que observamos.

Una nueva política de precios y costos debe crear el marco propicio para la rentabilidad de la empresa de dimensión familiar. Como la verdadera ventaja comparativa del país está en la disponibilidad de espacio, esta dimensión puede ser pensada como equivalente a la 'unidad económica', establecida en cada zona para una labor semiintensiva, que responda por igual a la necesidad de producción y conservación. Para lograr los niveles de ingresos necesarios, alcanzaría la remoción de todos los mecanismos depresores del valor de los productos. El cuadro se completaría con la irrenunciable intervención del Estado frente a bajas coyunturales o presiones oligopólicas. En cuanto a los costos, será necesario, reacomodando cargas, procurar su razonable reducción para completar una relación de rentabilidad adecuada.

Los eventuales costos que la sociedad debería asumir para hacer viable esta propuesta serían, sin ninguna duda, muy inferiores a los exigidos para hacer frente a la actual situación de descomposición social.

Como en el campo argentino coexisten formas de tenencia extremadamente diferenciadas en extensión, la reforma propuesta de los términos de la rentabilidad exige un contrapeso que equilibre beneficios y cargas. Tal compensación solo puede ser el reemplazo de todo el sistema impositivo rural por un impuesto único a la tierra que, por supuesto, no debería gravar eventuales mejoras existentes en ella. Una vez puesto en práctica evitará ventajas indebidas, impulsará un manejo racional de las empresas e inducirá un paulatino redimensionamiento de las unidades funcionalmente excedidas en superficie.

La adecuación de los términos de la rentabilidad agraria y una reforma impositiva, que liberando producción e inversión unificase la tributación rural en la tierra, serían los elementos fundamentales, aptos para quebrar la actual tendencia regresiva.

Para favorecer la reversión definida de esta tendencia, orientándola en dirección a la efectiva rehabilitación económica y social del espacio rural, es indispensable conformar un conjunto adicional de elementos de convergencia persistente.

Medidas convergentes

Una reorientación de la política crediticia debe apoyar selectivamente el desarrollo de la empresa agraria familiar, e incluir su reequipamiento de acuerdo a las actuales necesidades. Además, debe privilegiar la radicación de la familia titular en su predio.

Volverían a tener futuro emprendimientos públicos o privados de colonización agraria. Su financiación podría apoyarse en una alícuota del impuesto a la tierra, con lo cual el propio campo ayudase a solventar su reestructuración.

Si es importante equiparar las posibilidades económicas de la familia rural a las de una clase media urbana, no lo es menos la existencia de infraestructuras y servicios equivalentes. Ya existen importantes redes de electrificación y telefonía rural, que deben extenderse en la medida de las nuevas necesidades.

En la medida en que se perfeccionen las tecnologías involucradas, la energía solar o eólica puede complementar o sustituir las redes de alta tensión. La producción de biogás por fermentación de residuos agropecuarios sería otra opción de autonomía energética.

Las nuevas técnicas de transformación de masa vegetal en combustible (biodiesel) están en vías de constituirse en otra alternativa de producción de energía renovable.

Las redes ferroviarias han sido, en épocas más lejanas, un elemento fundacional que, además de su función básica de transporte, contribuyó de manera decisiva al avance y progreso poblacional en extensas zonas de nuestro país. Su posterior decadencia y desguace constituye un ejemplo emblemático, además de ser causa concurrente del proceso estructural regresivo que hemos descripto. Al necesario avance de los caminos y de las rutas debe unirse la rehabilitación del ferrocarril, su modernización y despliegue como eficiente medio de integrar nuestra dilatada geografía tanto en el traslado de personas como en el transporte de cargas, en complementación y competencia con el transporte automotor.

Las motivaciones materiales deben estar acompañadas por una reformulación de los valores culturales que codeterminan el comportamiento social. De ahí la importancia de la educación en el medio rural, concordante con los requerimientos presentes y futuros del agro.

Una actividad intensa debe volcarse hacia el mejoramiento de los desequilibrios climáticos y particularmente hídricos del territorio. Esta tarea abarcará una sistematización de todas las cuencas hídricas, que permita superar la sucesión de inundaciones y sequías, frecuentemente de consecuencias catastróficas. Un laboreo adecuado de las tierras agrícolas, solo posible con presencia humana responsable, contribuirá a retener gran parte de la masa hídrica de las precipitaciones pluviales en su lugar de origen y disminuir su desplazamiento acumulativo hacia zonas bajas.

Un gran proyecto de reforestación en tierras erosionables o de menor valor agropecuario contribuirá a atenuar las brusquedades del clima, lo cual mejorará el régimen de vientos y lluvias junto con la calidad del aire que respiramos, además de constituir una forma alternativa de explotación del recurso tierra.

Para una teoría de la socialización humana

Un sector rural denso y activo demanda el desarrollo de un amplio complejo de actividades complementarias. Este complejo comprende las fabriles, artesanales, profesionales y comerciales,

destinadas al procesamiento y mercadeo de la producción y la prestación de los innumerables servicios que requiere la población involucrada. La industria en general hallará incentivos para un desarrollo descentralizado, y se beneficiará con las nuevas oportunidades que proporciona la informática, las comunicaciones modernas y el eventual acceso a fuentes de energía renovables.

Dentro de un ámbito socialmente integrado y un mercado solvente, la industria crecerá con buenas posibilidades de proyectarse hacia afuera, una vez satisfecha la demanda regional.

> *El encuentro entre Comunidad y Espacio es un proceso de creación. En su desarrollo emergen técnicas y artes, brotan las armonías del folklore, surgen civilizaciones. Mientras plasma la personalidad de las comunidades, el espacio se transforma de ríspido oponente en Hogar.*

El particular desenvolvimiento de la sociedad argentino no favoreció arraigos profundos. Fue ante todo la escuela pública la que logró unir la fértil mezcla de etnias, que aquí se congregó, a través de la transferencia superestructural de mitos y símbolos. A medida que la comunidad se integre más profundamente en su medio natural, el sentimiento de 'hogaridad' será una dimensión relevante de su cohesión. Tales elementos, interactuando vigorosamente, generan el tejido social y económico apto para integrar y albergar sin exclusión alguna a la totalidad de la población del país.

La adecuada inserción del ser humano en el mundo objetivo, además de ser condición de subsistencia, es fuente de su realización como persona. Donde no se produce esta inserción, o se produce en forma inadecuada, surgen los huecos por donde se expanden las adicciones, la violencia y la delincuencia. «El mal negativo, que San Agustín caracteriza como ausencia de perfección, opuesto al principio maléfico positivo de los maniqueos».

La manera más racional de reducir las carencias de perfección, que son las puertas de entrada para la penetración del mal en sus más diversas formas, es la construcción de una sociedad plenamente integrada.

A modo de epílogo

— — —

Vientos de cambio

Nuestra época exige reflejos históricamente rápidos. Si en lo que fuera la Unión Soviética hubiera habido oportunamente una flexibilización mayor para abrir su sistema rígido a la espontaneidad del comportamiento humano en la producción y el intercambio de bienes e ideas, probablemente habría logrado conservar su propia identidad e incluso algunos rasgos socialistas compatibles. La ausencia de esta flexibilidad, que en su momento reclamaron disidentes como Andréi Sajaroff, determinó el fracaso de la 'perestroika'.

Al considerar esta experiencia, John Kenneth Galbraith comenta: «Lo mismo sucede ahora de una forma perversa, con el capitalismo moderno».

Este capitalismo ha nacido de una universal aspiración a la libertad. Pero ha dejado atrás y en el desprecio las dos consignas complementarias que le acompañaban en su nacimiento, la de la Igualdad y la Fraternidad, para convertirse en una chata fórmula político-económica. Abandonó su valor espiritual y perdió su alma, dejándola, como Fausto, en prenda a Mefistófeles. Así llegó a ser prisionero de una dinámica que socava inexorablemente, junto con la salud social y los recursos del medioambiente, las bases de su propio sistema.

Al obedecer a una sola motivación de bajo vuelo, desarticula el equilibrio entre una oferta en creciente productividad y una decreciente demanda debido al incesante descenso de contingentes humanos hacia la pobreza y la indigencia. Esta merma estructural de la demanda es el factor determinante de la inviabilidad final del sistema.

Lo que llamamos globalización es una huida consciente hacia la mayor extensión y movilidad posibles en busca de nichos de menores costos de producción y mayores oportunidades de demanda. A ella sigue, en busca de negocios, la subida financiera hacia virtuales alturas cibernéticas donde los capitales de la especulación y de la corrupción se entreveran con los botines de la multiforme delictividad y aún del terrorismo planetario.

Un destello de claridad, que ilumine las circunstancias actuales, habrá de despertar el más elemental de los impulsos, el de la continuidad y del despliegue de la vida. Solo así se crearán las condiciones para cambios fundamentales.

Las pautas de un futuro posible

En este despertar la civilización humana se reencontrará con su herencia renacentista y los parámetros naturales de su evolución biológica y social. El principio básico de esta evolución es la cooperación. Solo subordinada a ella, la competencia es un elemento útil.

Darwin consideró la competencia como el motor casi excluyente del desarrollo biológico. Según él, entre las numerosas mutaciones genéticas fortuitas, algunas resultarían ventajosas en lo que llamó «la lucha por la vida», en la cual solo sus ocasionales portadores sobrevivirían. Un nuevo paradigma científico está relativizando esta visión mediante la reunión de innumerables pruebas de que la asociación y cooperación han sido las condiciones rectoras de la vida en todas las etapas de su despliegue.

> La vida es mucho menos una lucha competitiva por la supervivencia que el triunfo de la cooperación y la creatividad. Efectivamente, desde la aparición de las primeras células nucleadas, la creación ha ido procediendo por dispositivos cada vez más intrincados de cooperación y evolución.

Con esta reubicación a una función secundaria de la competencia también está cayendo la versión política llamada «neodarwinismo», pretendida justificación de comportamientos insolidarios. Y aún de cosas mucho peores.

Los cambios de visión, que han de prevalecer en una Civilización que aspira a ser trascendente, implicarán la recategorización de los valores vigentes en la conciencia colectiva y la consiguiente adecuación de las motivaciones que determinan los comportamientos individuales y colectivos.

Se reemplazará la frecuente maximización, a ultranza de todas las oportunidades de ganancia, por su optimización. Esto incluye en todo cálculo económico los costos ecológicos, sociales y aún morales. Esta rectificación de los factores de la rentabilidad ha de promover el desplazamiento de las actividades humanas fuera de la esfera del parasitismo destructivo para forzarlas a ubicarse en una relación de armonía con la naturaleza y la sociedad.

Una nueva rama de las ciencias sociales, la geodemografía, exploraría las posibilidades de la distribución de los contingentes humanos en relación con las diversas geografías terrestres y las posibilidades de sustentación que posean. Una cosmovisión de ideas y actitudes coherentes deberá reemplazar las posturas prevalecientes en la actual carrera hacia el derrumbe.

Repaso y conclusión

Intentando evocar y ordenar nuestra compleja realidad, hemos enfocado nuestro propio segmento de la historia, por cierto reducido frente a la amplitud de su marco mayor, pero inmenso como ámbito contenedor de desarrollos generacionales, que incluye nuestras propias vidas. Creemos haber encontrado claves del atraso argentino en comparación con otros países que, como Canadá y Australia, quizás no posean más recursos materiales y humanos que Argentina, y que, sin embargo, arrancando parejo con ella, lograron una escala de desarrollo mucho mayor y menos expuesta a la desintegración.

Hemos creído ver estas claves en las ventajas iniciales de nuestro país. Fue la etapa del temprano florecimiento agroexportador, que concluyó en la crisis mundial de los años treinta del siglo pasado y dejó como residuo cultural una impronta: la fijación de una mentalidad de renta en las clases dirigentes de la sociedad, la que continuó sin perjuicio de las variantes históricas en su composición.

Debido a este elemento cultural, el país no ingresó en un recto camino de desarrollo. Por el contrario, prefirió, cuando fue posible, la evasión hacia vías aparentemente más fáciles, coyunturas históricamente circunstanciales. Para comunidades internamente fuertes, tales coyunturas son siempre fenómenos marginales, que no obstruyen ni perturban el sano manejo administrativo del Estado. Pero la dirigencia argentina, aliándose a poderes internos y externos interesados, se jugó recurrentemente a aquellas oportunidades marginales (espacios de ficción) y descuidó el genuino ejercicio de la función de administración del Estado. Esto explica el deterioro a que se vieron expuestas las numerosas actividades económicas que en su momento detentaba.

Pero más grave aún, ya que esto afectó directamente la posibilidad de un desarrollo sustentable para el país, no prestó la debida atención al creciente desbalance demográfico y estructural del propio organismo social, que entre vaivenes hoy llegó a una situación de quebrantamiento sin precedentes.

Hemos tratado de esbozar objetivos y métodos coherentes para superar esta situación en la esperanza que sean útiles en una próxima ineludible etapa de reencuentro con el futuro.

No habríamos podido interpretar esta trayectoria sin tratar de describir en grandes líneas el despliegue de la cultura occidental que la envuelve y condiciona. Seguimos este despliegue a partir de la confluencia renacentista de impulsos éticos optimistas en la época de la Iluminación. Señalamos la disgregación posterior de estos impulsos entre permanentes esfuerzos de un humanismo resistente y, en sentido contrario, el achatamiento cada vez más avasallante hacia motivaciones egocéntricas. Estas, en alas de sorprendentes logros científicos y tecnológicos, introducen profundas fracturas en las sociedades para finalmente naufragar en su propia contradicción entre la creciente productividad de una economía robotizada y la merma estructural de la demanda solvente. El desafío consiste en reemplazar la obsoleta economía de la oferta por una economía de demanda y oferta armonizadas. Ello presupone la creación de un nuevo sistema de relaciones económicas, cuyas coherentes estructuras demográficas, sociales y culturales hemos tratado de diseñar.

Surge así la visión de un futuro alcanzable.

Son tiempos que requieren cambios profundos. En el mundo se han acumulado peligrosamente los medios de destrucción masiva. También se han acumulado angustias y odios no menos peligrosos. Todo ello amenaza la propia supervivencia de la civilización humana.

Teniendo esto presente, cerramos nuestras reflexiones, citando a uno de los más esclarecidos pensadores de nuestra época: Albert Schweitzer. En una obra, escrita poco después de la Primera Guerra Mundial, decía con clarividencia:

> Expreso mi convicción que la humanidad debe renovarse en una nueva mentalidad, si no quiere perecer. Un Nuevo Renacimiento debe llegar, mucho más grande, que el Renacimiento con el cual salimos de la Edad Media, el Gran Renacimiento en el cual la humanidad descubre, que lo Ético es la Suprema Verdad y la Suprema Utilidad, y con ello viva la liberación del miserable sentido realista en el cual se arrastra. Un humilde pionero de este Renacimiento quisiera ser y arrojar, como antorcha encendida hacia nuestro oscuro tiempo, la Fe en una Nueva Humanidad.

Expreso mi convicción que la humanidad debe renovarse en una nueva mentalidad, si no quiere perecer.

— Albert Schweitzer

Referencias bibliográficas

— — —

Brailovsky, A. E. y Foguelman, D., Memoria verde, Editorial Sudamericana, 1991.

Bukley, W., La sociología y la teoría moderna de los sistemas, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1982.

Capra, F., La trama de la vida, Editorial Anagrama, Barcelona, 3.ª edición, 2000.

Cárcano, M. A., Evolución histórica del régimen de la tierra pública, Eudeba Buenos Aires, 1972.

Carracedo, O., Economía agraria y progreso social. Buenos Aires, Ed. Depalma, 1980.

Centre National pour L'Aménagement des structures des explotations agricoles. CNASEA. France, fondé en 1966.

Conesa, E., Los secretos del desarrollo. Editorial Planeta, 1994.

Cortés Conde, R., El progreso argentino, 1880-1914, Editorial Sudamericana, 1979.

Daus, F. A., El desarrollo argentino, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.

Ferrer, A., El devenir de una ilusión. La industria argentina: desde 1930 hasta nuestros días, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.

Furtado, C., Desarrollo y Subdesarrollo, EUDEBA, 1964.

Galbraigth, J. K., La cultura de la satisfacción, EMECE, 1994.

Halperin Donghi, T., El espejo de la historia, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987.

Ikonicoff, M., De la cultura de la renta a la economía de producción, Editorial Legasa, 1989.

László, E., La gran bifurcación, Edición Gedisa, Barcelona, 1990.

Michel, A., Capitalismo contra capitalismo, Editorial Paidós, 1992.

München Bern Wien: BLV Verlagsgesellschaft, 1974. Die Agrarwirtschaft in der Bundesrepublik Deutschland / Textual Documents

Pengue, W. The impact of soya expansion in Argentina, Seedbing, Vol 18, Issue 3, Jun 2 Grain Pub, 2001.

Raimundo, B. R., Argentina 2000, una nación semidesierta. Buenos Aires. Editorial Lihuel, 1981.

Rifkin, J., El fin del Trabajo. Editorial Paidós, 1.ª edición argentina, 1996.

Rousseau, J. J., Emilio, o De la educación, Tratado filosófico sobre la naturaleza del hombre, 1762.

Sábato, J. F., La clase dominante en la argentina moderna, Buenos Aires, CISEA, Imago Mundi, 2.ª edición, 1991.

Schumacher, E. F., Lo pequeño es hermoso, H. Blume Ediciones, 4.ª impresión, 1981.

Schweitzer, A., Decaimiento y restauración de la civilización, Editorial Sur, Buenos Aires, 1962.

Schweitzer, A., Kultur und Ethik, Verlag C. H., Beck, München, 1999.

Wiener, N., Cibernética y Sociedad, 3.ª edición, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989.

Wieser, W., Organismos, Estructuras y Máquinas. Buenos Aires, EUDEBA, 1977.

Worldwatch Institute. El estado del mundo (s/f). Organización no gubernamental que investiga el impacto de las acciones del hombre sobre el medioambiente y sobre la vida.

Galería fotográfica

1939 - Colonia Lapin. Con su esposa y padres, recién llegados

1950 - Con su familia en la casa de campo

1985 - Nueras, hijos y nietos en el portal del campo